ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

DE LA HISTORIA DEL MUNDO

2



Editorial

ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

DE LA HISTORIA DEL MUNDO

2



ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

DE LA HISTORIA DEL MUNDO

2

John Macdonald

Editorial
Rombo

Dirección editorial:
Julián Viñuales

Coordinación editorial:
Julián Viñuales, Jr.

Dirección técnica:
Pilar Mora

Coordinación técnica:
Miguel Ángel Roig

Diseño cubierta:
Hans Geel

Traducción:
Gearco

Fotocomposición:
Alfonso Lozano

Título original:
Great Battlefields of the World

Publicado por:
Editorial Rombo, S. A.
Muntaner, 371
08021 Barcelona

ISBN: 84-86579-15-5 (Volumen 2)
84-86579-12-0 (Obra completa)

Impresión:
Rotocayfo, S. A (13-9-94)
Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Depósito Legal: B. 29251-94

Printed in Spain

SUMARIO

Culloden/ *16 de abril de 1746*

El miércoles 16 de abril de 1746, en la landa de Culloden, se perdió la última esperanza de que un Estuardo volviera al trono de Gran Bretaña.

La breve batalla, cruenta y decisiva, sobre el flanco de una colina barrida por la lluvia, cerca de Inverness, señaló el final de una aventura que había comenzado diez meses antes, cuando un joven de 25 años desembarcó en Escocia con un puñado de partidarios, algunas armas y un poco de dinero, pero animado por la firme resolución de reponer en el trono a los Estuardo.

El príncipe Carlos Eduardo Estuardo quería apoderarse del reino para su padre, Jacobo Eduardo, hijo de Jacobo II, que en 1688 tuvo que exiliarse por su catolicismo intolerante.

Habían pasado casi 60 años y la casa protestante de Hannover, representada por el rey Jorge II, ejercía un poder benigno y bastante popular. Pero todavía algunos pensaban que su legítimo soberano era Jacobo Estuardo, «el rey al otro lado del mar» (vivía en Roma). Estos últimos recibían el nombre de jacobitas. Muchos pertenecían a los clanes de las *Highland* escocesas.

Por tanto, el príncipe Carlos se dirigió a ellos cuando Luis XIV renunció a invadir Inglaterra para restaurar a los Estuardo en el trono.

Sin embargo, los mismos jacobitas consideraban que el príncipe era imprudente, pues las condiciones eran muy desfavorables. No obstante, el príncipe se obstinó en seguir sus planes. El apoyo ofrecido de forma inmediata, aunque de mala gana, por los Cameron y los MacDonald, dos grandes clanes muy influyentes, empujó a otros a imitarlos y el príncipe emprendió el camino del sur a la cabeza de un ejército cuyos hombres obedecían más a los jefes de clan que a él mismo.

Menos de dos meses después de su llegada a Escocia, el príncipe Carlos se apoderó de Edimburgo, la capital, sin disparar un solo tiro. Cinco días más tarde, sus *Highlander* sorprendieron a un ejército real en Prestonpans, a algunos kilómetros al este de la ciudad, y le infligieron una aplastante derrota.

Mientras el príncipe daba suntuosas recepciones en el castillo de Holyroodhouse, en Edimburgo, sus partidarios acudían a la ciudad.

Al creer, sin razón alguna, que sus 5.000 indisciplinados soldados eran invencibles, el príncipe Carlos aumentó sus ambiciones y resolvió marchar sobre Londres. A pesar de las protestas de su estado mayor y de los ruegos para que esperara la llegada de los refuerzos prometidos por Luis XV, el obstinado príncipe dio orden de cruzar la frontera. Era el mes de diciembre y el invierno ya estaba ahí; incluso antes de que su ejército llegara a Inglaterra, un millar de soldados habían regresado ya a sus valles. Desde Carlisle, lugar de partida, el ejército del príncipe atravesó Preston y Manchester, y llegó a Derby. Sin embargo, en este momento, la rebelión comenzó a perder su ardor. Los jacobitas ingleses no eran adictos a la bandera de Carlos, como éste había previsto, no se anunciaba ningún desembarco francés y 3.000 soldados del rey marchaban con-

Desde la «Revolución Gloriosa» de 1688, cuando el católico Jacobo II, último Estuardo que ocupó el trono inglés, emprendió la huida y fue reemplazado por los protestantes Guillermo y María, los escoceses se encontraban divididos.

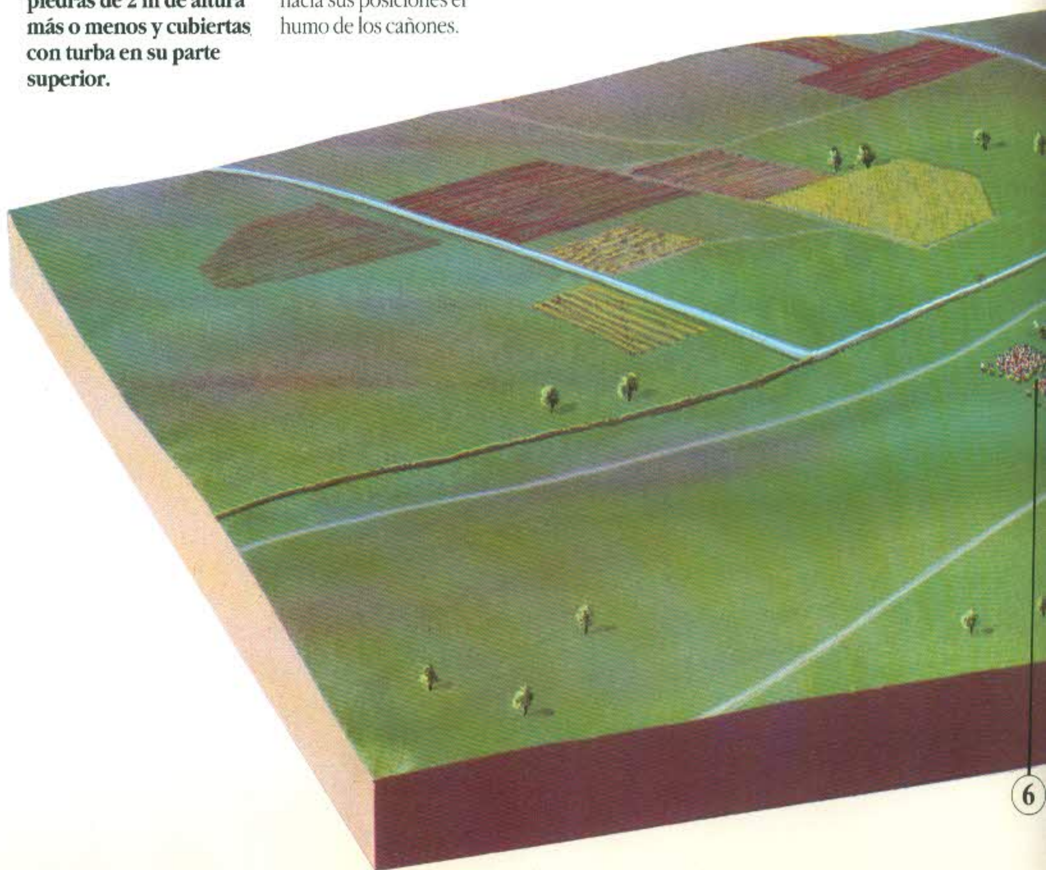
Para la mayor parte, los *Highlander* deseaban la restauración de los Estuardo, mientras que la mayoría de los *Lowlander* presbiterianos no querían ni oír hablar de un rey católico. Al mismo tiempo, en los *Highland* reinaba un profundo resentimiento contra los ingleses, pues en 1701 el Parlamento inglés adoptó el Acta de Establecimiento, que estipulaba que la corona sólo era transmisible a un protestante. Además, el Acta de Unión de 1707 fusionaba Inglaterra y Escocia en un solo país, Gran Bretaña, con un único Parlamento y una sola bandera, solución en la que Inglaterra tenía las mayores ventajas.

A pesar del fracaso de la sublevación de 1715, dirigida por Jacobo Eduardo, el heredero de Jacobo II, eran muchos los que conspiraban a favor del regreso de los Estuardo. Cuando el hijo de Jacobo Eduardo, el legendario «Bonnie Prince Charlie» de las baladas, desembarcó en Escocia en 1745 para reivindicar el trono en favor de su padre, obtuvo algunas victorias pero lo perdió todo en el desastre de Culloden.

Los dos ejércitos se enfrentaron sobre la landa. Las zonas cultivadas situadas a cada lado del ejército jacobita estaban rodeadas por cercas de piedras de 2 m de altura más o menos y cubiertas con turba en su parte superior.

Los jacobitas (1) estaban orientados hacia el este sobre la llanura descubierta, expuestos al viento, la lluvia y la nieve. La segunda cesó, pero el viento arrastraba hacia sus posiciones el humo de los cañones.

Las tropas inglesas (2) bien equipadas y avitualladas, daban la espalda al viento y veían claramente al enemigo.





El duque de Cumberland (en el centro), al igual que el príncipe Carlos, era muy visible sobre su caballo gris. Este grabado de la época representaba a los ingleses mientras diezman a las tropas jacobitas. Al fondo, en el centro, se distingue Culloden House, cuartel general del príncipe Carlos Eduardo Estuardo el 16 de abril de 1746.



Una vez en Escocia, el príncipe tenía dos elecciones posibles: una, reclutar tropas para afrontar el inevitable ataque inglés; o bien, lanzarse en una marcha ofensiva hacia el sur, que fue la escogida. Pero esta empresa tuvo un mal comienzo; los ingleses no se unieron a la causa de los jacobitas. En Manchester, donde sus indisciplinados colonos penetraron en la ciudad encabezados por una prostituta y un joven tambor, sólo atrajeron 200 reclutas a su causa. Cuando llegaron a Derby, su número había disminuido mucho a causa de las deserciones. No tenían otra alternativa que regresar a Escocia, pero los ingleses los persiguieron sin descanso.

Diez piezas de 3 libras **(3)** abrieron brechas en la primera fila jacobita, que se dislocó menos por cobardía que por la impaciencia de entrar en combate, mientras que las líneas inglesas permanecían en perfecto orden.

Tan pronto como el príncipe desembarcó, enarboló el estandarte real, en seda roja y blanca, de su padre **(8)**.

El príncipe Carlos (7) se situó a retaguardia, pero no en posición de mando. No podía observar el desarrollo de la acción.

Los franceses (6) enviados por Luis XV, se mantuvieron en reserva y sólo se utilizaron para cubrir la desordenada retirada de los jacobitas.

Lord Murray envió un mensajero **(5)** a la derecha jacobita para solicitar permiso para lanzar el ataque, pues no podía mantener largo tiempo inactivos a sus hombres expuestos al tiro de la artillería.

Las tropas realistas derribaron las cercas que rodeaban los terrenos cultivados **(4)** para atacar a los jacobitas por la retaguardia. El jefe del estado mayor jacobita estaba convencido de que jamás intentarían esta maniobra.

tra él. De mala gana, tuvo que batirse en retirada.

De regreso a Escocia, la suerte le sonrió de nuevo. Su ejército se reforzó, y además por fin llegaron los tres regimientos simbólicos que Luis XV había enviado en su apoyo. El 17 de enero atacó y derrotó a una fuerza real superior en número en Falkirk, en la región de Stirlishire. Pero en lugar de explotar su victoria, perdió el tiempo asediando sin razón Stirling Castle. Condenados a estar inactivos, los *Highlander* comenzaron a desertar en un número tan elevado que lord George Murray, teniente general jacobita, consideró que no estaban preparados para enfrentarse al numeroso ejército regular que marchaba contra ellos a las órdenes de Guillermo, duque de Cumberland y tercer hijo de Jorge II.

A pesar de las enérgicas protestas del príncipe Carlos, decidió retirarse a las *Highland* y reclutar un ejército de 10.000 hombres antes de reemprender la campaña. Para confundir al enemigo, una parte de los restos que quedaban del ejército, a las órdenes de Murray, se dirigió hacia la costa este, mientras que el príncipe se retiró hacia las montañas del norte. En la última semana de febrero, se reunieron en Inverness. Mientras que las bandas jacobitas merodeaban por las *Highland* y atacaban las plazas fuertes y otros puestos avanzados leales al gobierno, el príncipe se divertía, cazaba, danzaba y había perdido temporalmente todo su ardor bélico.

En Aberdeen, 160 km más allá, el duque de Cumberland enseñaba a su infantería la manera de rechazar la temible carga a la espada de los *Highlander*. En lugar de atacar al adversario frontalmente, los «casacas rojas» debían pasar al lado derecho del otro y clavarle la bayoneta en el momento en que éste descubría su costado al levantar el brazo.

A mediados de marzo, Cumberland estaba preparado para reemprender la persecución y el 14 de abril llegó a Nairn, a 25 km de Inverness. Despertado brutalmente de su letargo, el príncipe Carlos reunió sus tropas en el páramo de Culloden, 10 km al este de la ciudad.

Murray estaba consternado, pues el terreno elegido por el jefe de estado mayor, John Williams O'Sullivan, un irlandés incompetente y pretencioso que reía las ocurrencias del príncipe, era el peor que podía elegirse: despejado, llano y bastante duro, era muy conveniente para la artillería y la caballería enemigas, pero en absoluto para los hombres de los clanes.

El día 15, mientras los jacobitas se reagrupaban en la landa de Culloden, el ejército real permanecía en Nairn y celebraba el 25 aniversario de su comandante con grandes libaciones. Al conocer la noticia, Carlos propuso formar un grupo de 4.000 hombres y sorprender al ejército real, compuesto por unos 18.000 hombres según sus cálculos, aunque su número era dos veces menor. En principio, nadie aprobó este arriesgado plan. En la landa, los hombres estaban hambrientos (la intendencia había olvidado los víveres) y los refuerzos esperados no llegaban. Sin embargo, cuando un regimiento esco-



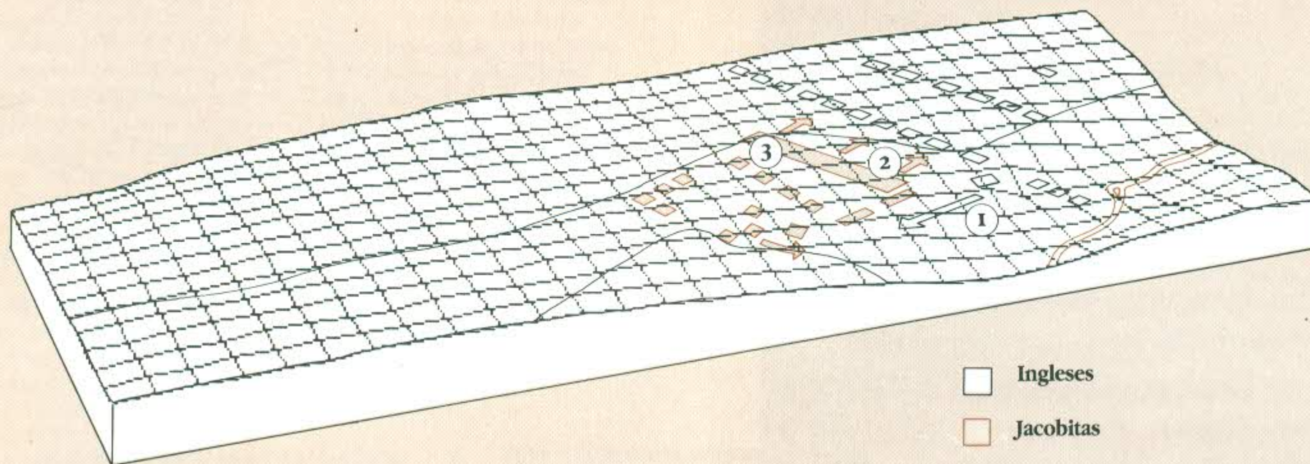
El príncipe Carlos Eduardo Estuardo (1720-1788), aunque bastante delicado, era un hombre fuerte y activo, capaz de soportar prolongadas y penosas marchas. Su carácter jovial y su atractivo físico hicieron mucho por la causa jacobita. Nadie puso en duda su coraje personal, pero carecía de una cualidad esencial que su adversario, Cumberland, poseía al más alto nivel: experiencia militar. Después de la batalla, se refugió en Francia y luego en Roma. Toda esperanza de restauración se había desvanecido, se dio a la bebida y se convirtió en un anciano de penoso aspecto.



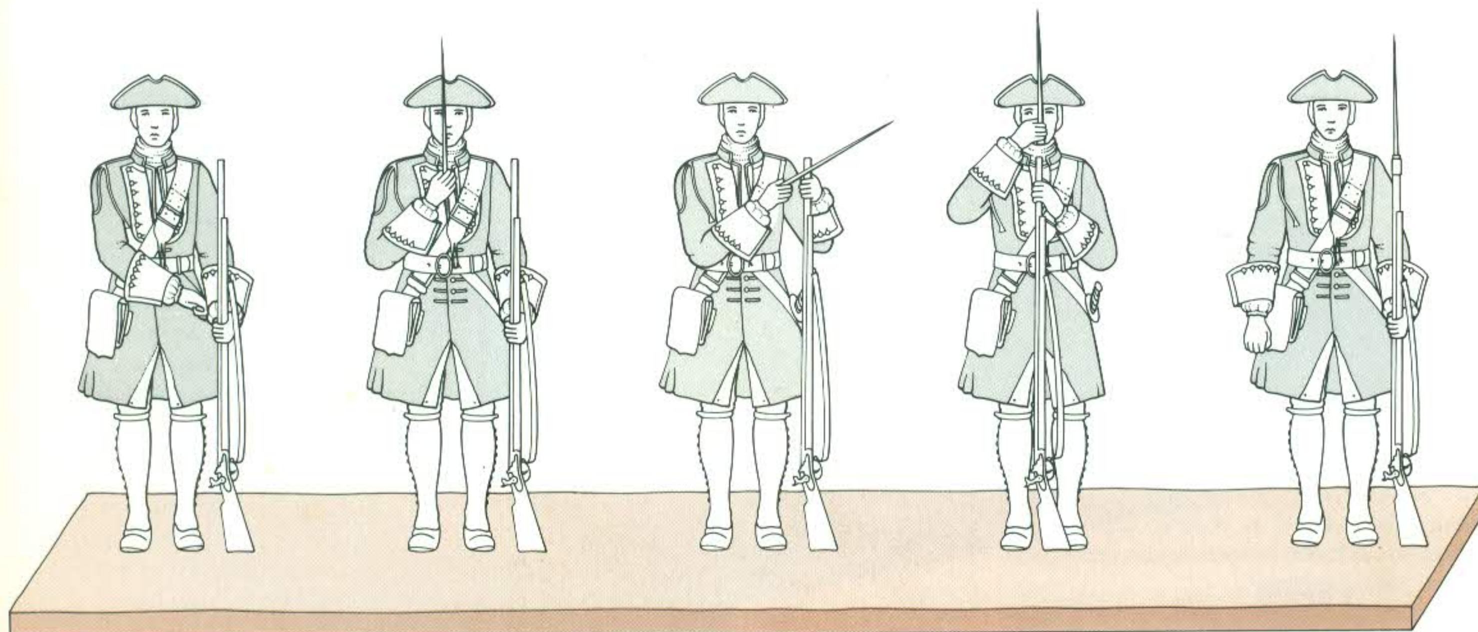
Guillermo, duque de Cumberland (1721-1765) y tercer hijo de Jorge II. Desde su más tierna infancia mostró un gran interés por las artes militares. Ya a los cinco años se le había visto mandar un grupo de niños delante de su niñera. Adquirió gran experiencia bélica en el continente, donde su gruesa silueta, montada a horcajadas sobre un caballo de 1,70 m, tranquilizaba a sus soldados, quienes le admiraban por su capacidad y le temían por su implacable severidad hacia los que le desobedecían o se rebelaban. Los *Highlander* aprenderían esto a sus expensas tras la batalla de Culloden.



Lord George Murray (1649-1760). Grande, fuerte y osado, era un brillante estratega que, sin embargo, atendía al más mínimo detalle. Sin duda era el mejor jefe de la causa jacobita, a pesar de que sus camaradas recelaban de él, pues había estado a sueldo de los Hannover y se había unido al príncipe en el último momento, lo que tendría desastrosas consecuencias a largo plazo debido a que sus consejos serían desoídos con frecuencia. Después de la batalla de Culloden huyó al continente, donde pasó el resto de su vida exiliado. En varias ocasiones en el curso de los años siguientes solicitó ser recibido por el príncipe Carlos, igualmente en el exilio, pero este último, convencido de que Murray le había traicionado, rehusó siempre hacerlo.



Los Campbell, escoceses que se batían junto a los ingleses, derribaron las cercas de piedra **(1)** para permitir un movimiento de flanqueo de los dragones. Los *Highlander* no se apercibieron de ello y no tomaron disposiciones defensivas. El fuego comenzó cuando los *Highlanders* comprendieron que habían sido flanqueados, pero en ese momento el príncipe había autorizado por fin una carga **(2)** contra las líneas reales y era demasiado tarde para reforzar el ala derecha. Los MacDonald **(3)**, todavía molestos por la afrenta de haber sido emplazados a la izquierda en vez de en su lugar de honor en el ala derecha, rehusaron cargar. Cuando se decidieron finalmente, era demasiado tarde para influir en el desenlace final.



En gran parte, fue mérito de Cumberland, criticado sin embargo por su bárbara conducta después de la batalla, el hecho de que los ingleses obtuvieran la victoria en Culloden. Había asumido el mando de un ejército muy desmoralizado tras sus repetidas derrotas frente a los jacobitas, a pesar de su ventaja numérica y en armamento. Asimismo, los ingleses temían la carga de los *Highlander* y podían ceder al pánico. En el curso del mes anterior a la batalla, Cumberland configuró, mediante un riguroso entrenamiento, un ejército eficaz y con una moral excelente. Las ilustraciones de la época (arriba), muestran la forma en que los infantes ingleses calaban la bayoneta en el arma, una de las disciplinas practicadas con mayor frecuencia por las tropas de Cumberland.

cés complementario llegó a la zona y una vez que la caballería anunció que no se había observado ningún movimiento en el campamento de Cumberland, Murray se declaró menos opuesto al plan del príncipe, quizá por estimar que era mejor intentar un ataque desesperado que entablar combate en un terreno tan poco propicio. Murray decidió lanzar un doble ataque en el que la sorpresa sería el factor esencial y organizó una marcha nocturna de forma que la batalla se iniciara al amanecer.

Los hechos siguientes habrían de presagiar un desastre. Murray, con 2.000 hombres, partió a buen ritmo pero pronto se encontró separado de la columna de sir John Drummond, tras la que venían el príncipe y los franceses. Drummond se retrasó cada vez más en la oscuridad, y una serie de órdenes y contraórdenes no hizo más que complicar las cosas. Con las primeras luces del día, Murray se encontraba a 3 km del enemigo y no contaba con bastantes hombres para realizar el ataque.

No le quedaba otra alternativa que regresar a Culloden, pues los tambores ya tocaban diana en el campamento real.

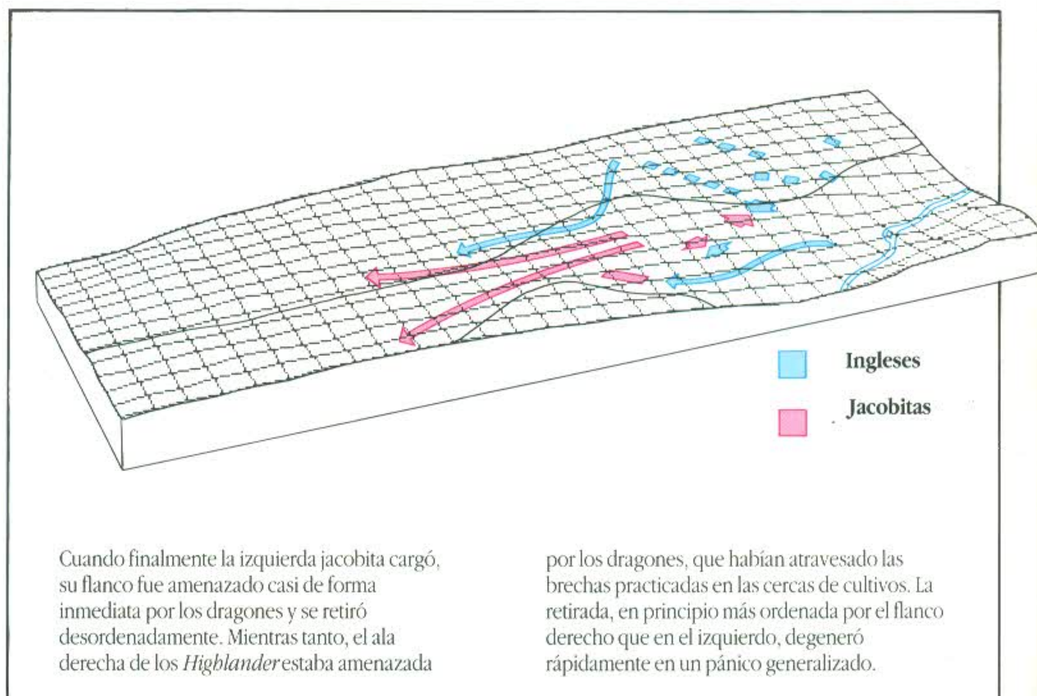
El príncipe Carlos, siempre tan optimista, no quería retroceder y juraba que Murray lo había traicionado. Cuando, a las 6,00 horas, los desanimados jacobitas llegaron a Culloden Moor, a unos seis km, más de 2.000 hombres partieron en búsqueda de cualquier cosa que comer para completar el único bizcocho por hombre repartido la víspera. Desfallecidos de hambre y cansancio, los que permanecieron en sus puestos durmieron durante largo tiempo.

Desde el momento en que Cumberland tuvo noticias de la abortada marcha nocturna de los jacobitas, decidió que no daría tregua a los agotados rebeldes. Poco después de las 5,00 de la mañana, una docena de batallones de infantería, tres regimientos de caballería y un tren de artillería emprendieron camino hacia Culloden.

A seis km de la landa fueron descubiertos por exploradores jacobitas y en el campamento del príncipe se organizó un gran revuelo mientras se intentaba despertar a los durmientes y reunir a los que se habían alejado en busca de comida. Era demasiado tarde para revisar el orden de batalla y debían contentarse con el dispuesto la víspera, con los MacDonald a la izquierda cuando tradicionalmente debían situarse en el flanco derecho, una afrenta para su honor, cuestión de gran importancia incluso frente al enemigo.

Al son de los tambores y gaitas, los agotados jacobitas se mantenían en pie sobre sus armas, orientados hacia el este a través de la landa y expuestos de lleno a la lluvia, la nieve y al viento helado. En principio eran 8.000 hombres, pero sólo 5.000 estaban presentes. Los soldados se alinearon en dos filas en un frente de 650 m que en sus dos extremos tocaba las cercas que rodeaban los terrenos cultivados.

Mojados, hambrientos y harapientos, los escoceses observaban el avance de una columna blanca y

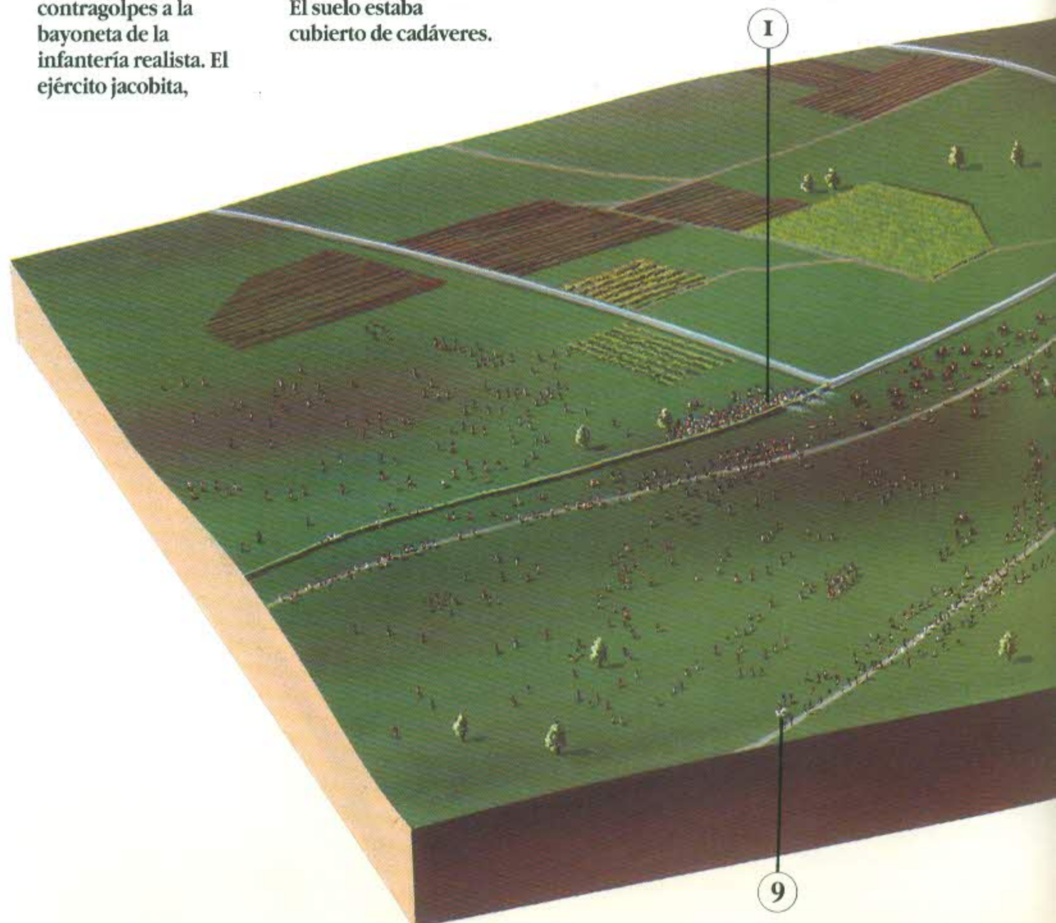


Cuando finalmente la izquierda jacobita cargó, su flanco fue amenazado casi de forma inmediata por los dragones y se retiró desordenadamente. Mientras tanto, el ala derecha de los *Highlander* estaba amenazada por los dragones, que habían atravesado las brechas practicadas en las cercas de cultivos. La retirada, en principio más ordenada por el flanco derecho que en el izquierdo, degeneró rápidamente en un pánico generalizado.

El principio de la derrota de los jacobitas. Sus ataques, primero contra la derecha y luego contra la izquierda, fueron rechazados por una combinación de fuego artillero y contragolpes a la bayoneta de la infantería realista. El ejército jacobita, envuelto en la humareda de los cañones, se dispersó perseguido por la caballería y los Campbell. Numerosos heridos fueron rematados durante y después de la batalla. El suelo estaba cubierto de cadáveres.

Los «piqueros» irlandeses (1) soldados enviados por Luis XV, intentaron hacer retroceder a la caballería realista al disparar desde detrás de la cerca que rodeaba los cultivos.

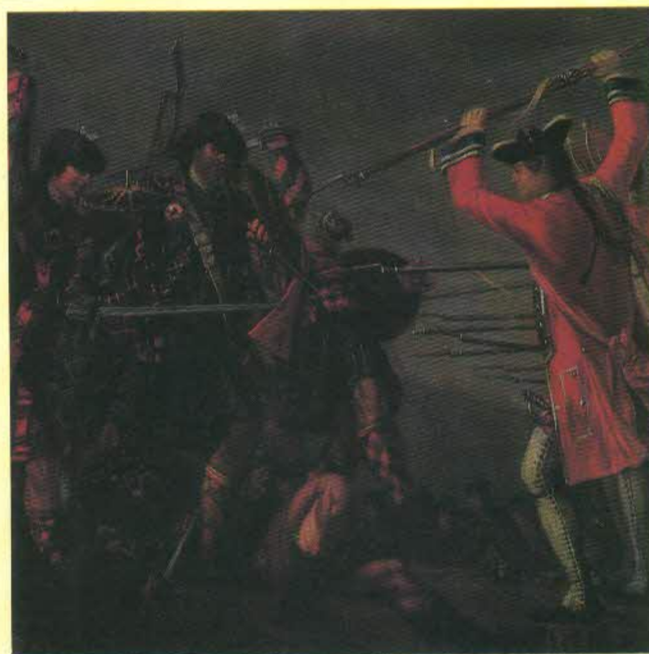
La izquierda jacobita rehusó avanzar en un primer momento y cuando por fin se decidió, encontró su flanco expuesto al enemigo. Los soldados se retiraron **(2)** perseguidos por los dragones.



El método clásico de ataque de los mosqueteros, apoyados siempre por los piqueros, consistía en avanzar sobre el enemigo disparando. Pero necesitaban tiempo para recargar los mosquetes, y los *Highlander* sabían aprovecharse de ello: avanzaban hasta la línea de tiro y disparaban; el enemigo respondía y rápidamente, mientras éste recargaba, los *Highlander* arrojaban los mosquetes, empuñaban sus espadas y, lanzando su terrible grito de guerra, se abalanzaban sobre el enemigo.

Hasta finales del siglo XVII el mosquete no estaba provisto de bayoneta, de forma que los que sufrían este ataque no tenían otros medios de defensa más que las culatas de sus armas o las picas. Sin embargo, las culatas eran ineficaces frente a la espada de los *Highlander*; respecto a la pica, era neutralizada por el simple hecho de que bastaba que el soldado que recibiera una en su escudo, rompiera su extremo con un tajo de su espada. Por esta razón las líneas desprovistas de defensas quedaban aterrorizados por la carga de los *Highlander* y se dislocaban en minutos.

Sin embargo, en 1746, gracias a las mejoras introducidas en el armamento, ya se sabía el sistema para resistir la famosa carga: el mosquete de rueda, de recarga más rápida, y la bayoneta, eran armas muy eficaces. El período de triunfos había acabado para los *Highlander*.



El regimiento jacobita de los *Royal Scots* y algunos soldados franceses **(3)** fueron rodeados prácticamente por los dragones.

Un cañón jacobita (4) emplazado en la esquina de la cerca de cultivos de Culloden siguió disparando durante mucho tiempo después de la huida del ala izquierda. Fue necesario utilizar siete cañones de los realistas para reducirlo al silencio.

El príncipe y su estado mayor **(9)** intentaron inútilmente reagrupar a los fugitivos del flanco izquierdo. Sin embargo, la batalla ya estaba perdida.

La caballería jacobita atravesó el encajonado camino de Balvraid **(8)** y retrasó el avance de la caballería realista, lo que permitió al flanco derecho jacobita retirarse de forma ordenada.

Quinientos dragones atacaron la derecha jacobita por su retaguardia a través de las brechas practicadas en las cercas de cultivos **(7)**.

La derecha jacobita se retiró tras un sangriento combate con la milicia de los Campbell pegada a sus talones **(6)**, única formación de infantería que salió en su persecución.

El duque de Cumberland observó atentamente la retirada jacobita y ordenó a su infantería que se mantuviera en sus posiciones, y dejó la persecución en manos de la caballería y de los Campbell.

roja de 9.000 soldados reales cuidadosamente alineados en tres filas que se aproximaban a 450 m de distancia. Una hora más tarde, lord Boyd, oficial de los *Coldstream Guards*, que realizaba una patrulla de reconocimiento en la primera línea jacobina, atrajo hacia sí una descarga de artillería. La batalla había comenzado.

Los rebeldes tenían 12 cañones —pero no contaban con artilleros profesionales— con una potencia de tiro muy inferior a la de la artillería realista. Ésta (compuesta por cinco baterías de dos piezas de tres libras cada una, distribuidas entre los batallones de primera línea) abrió un fuego regular y devastador. Los jacobitas sufrieron pérdidas muy graves antes de que el príncipe, situado a retaguardia y desconocedor de los estragos causados en sus filas, finalmente diera la orden de atacar.

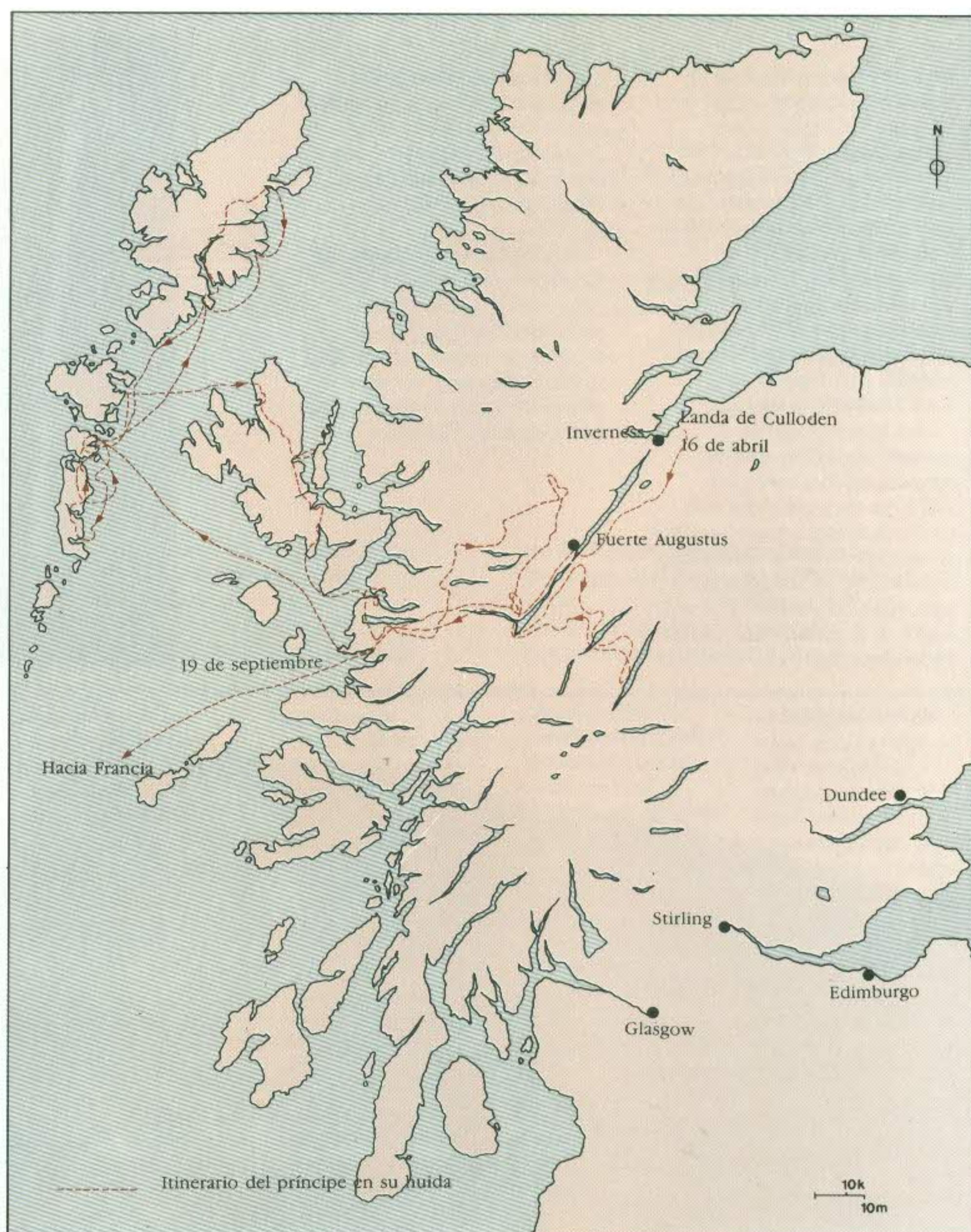
La lluvia ya había cesado, pero el viento empujaba el humo de los cañones hacia las líneas rebeldes del centro y la derecha, que se lanzaron en una alocada carga. El fuego de los mosquetes y el tiro de barrera ingleses mataron por centenares a los Mackintosh, Stewart y Cameron. Bajo el ímpetu de este furioso ataque, dos regimientos se separaron entre sí y dejaron pasar a 500 escoceses entre ellos. Pero los regimientos de segunda línea abatieron a muchos, y los restantes fueron atrapados de flanco por los realistas, que se habían recuperado rápidamente.

La brigada Atholl de lord Murray que, en la humareda, no sabía dónde se hallaba, intentó un nuevo ataque pero, acosada contra una elevación del terreno sobre el flanco derecho jacobita, recibió una violenta andanada del regimiento de Wolfe. Los soldados regulares, veteranos de Fontenoy y de otras batallas libradas en Flandes, dijeron después que nunca habían visto tantos muertos y heridos.

Un fuego devastador y un hábil empleo de la bayoneta obligaron a los jacobitas del centro y la derecha a batirse en retirada. Los del flanco izquierdo no habían lanzado ataques de apoyo y cuando los regimientos escoceses avanzaron en medio de fintas para atraer el fuego de las tropas realistas, se encontraron amenazados de flanco por los dragones, de forma que también tuvieron que retirarse, aunque de manera menos ordenada que los situados en el ala derecha, duramente castigada.

Mientras que Murray, uno de los escasos oficiales de vanguardia que se retiró ileso, enviaba algunos franceses de la segunda línea para proteger la retirada, los rebeldes atrajeron a la caballería enemiga para que atacara su flanco izquierdo. Las tropas reales habían hecho exactamente lo que O'Sullivan había jurado que nunca harían cuando eligió ese maldito terreno: derribaron las cercas de los cultivos de Culloden Park y atacaron por detrás a las líneas jacobitas.

Sólo quedaban algunos núcleos de resistencia. Se llevó consigo al príncipe Carlos que, sin creer lo que veían sus ojos, había presenciado la derrota de su ejército. Carlos permaneció seis meses huyendo de un sitio a otro, hasta que un barco francés lo llevó finalmente al exilio.



Catorce mil hombres se enfrentaron en la landa de Culloden, pero sólo unos 3.000 participaron en los combates. Varios regimientos de ambos bandos no llegaron a disparar un solo tiro. Por parte inglesa sólo hubo 50 muertos y 259 heridos, mientras que el ejército del duque de Cumberland mató a unos 2.000 jacobitas, más o menos la mitad de su número total. En su mayor parte murieron tras huir del campo de batalla. La caballería inglesa los persiguió y realizó una auténtica masacre; mataron sin piedad a los fugitivos, tanto ilesos como heridos, y también a las mujeres y niños que habían cometido la imprudencia de acudir al lugar de la batalla, incluso a bastante distancia. Rápidamente, grupos de infantería recorrieron los campos y sus alrededores y dieron muerte a todos los rebeldes heridos. Se había extendido un falso rumor que afirmaba que los jacobitas habían recibido la orden de no dar cuartel a los ingleses, y esto había excitado la ira de las tropas realistas. Estos excesos de violencia le valieron a Cumberland el apodo de «carnicero sangriento».

Esta fue la última batalla librada en suelo inglés y señaló el final de toda esperanza de restauración de los Estuardo en el trono.

A raíz de la batalla de Culloden, Carlos Eduardo hubo de refugiarse en Francia, de la que fue expulsado como consecuencia de las condiciones de paz impuestas por el tratado de Aquisgrán, firmado en esa ciudad alemana el 28 de octubre de 1748. Carlos recaló finalmente en Roma, donde se dio a la bebida y murió en 1788, en el mismo lugar en que había nacido 68 años atrás. Con su desaparición se desvanecieron finalmente las aspiraciones de los Estuardo al trono británico.

Por otra parte, la batalla de Culloden sirvió en



Se levantaron piedras en memoria de los jacobitas caídos en Culloden. Se calcula que más de 2.000 murieron durante la batalla; alrededor de otros 3.000 partidarios del rey fueron hechos prisioneros. Recientemente, se han iniciado trabajos para restaurar el lugar tal como se encontraba en el siglo XVIII: se han suprimido los árboles plantados con posterioridad y se ha desviado la carretera que pasaba entre las tumbas de los jacobitas.

Tras la derrota de Culloden, el príncipe Carlos comenzó una larga huida. Iba de un lado para otro (izquierda), viajaba de noche y con frecuencia se veía reducido a vivir en grutas o en chozas. Disfrazado de mujer, embarcó hacia la isla de Skye, donde la valiente heroína Flora MacDonald le dio alojamiento, lo que le costó su encierro en la Torre de Londres. Durante su vagar por Escocia se puso precio a su cabeza en 30.000 libras, una cifra astronómica para la época. Sin embargo, ningún escocés dio la más mínima información para capturarlo. Al cabo de seis meses, finalmente pudo embarcar en un navío francés que lo llevó al exilio.

parte para poner fin a los levantamientos jacobitas contra la unión dinástica de Escocia con Inglaterra, a pesar de que a partir de ese momento los *Highlander* hubieron de sufrir en sus carnes una desmedida represión inglesa que llegó a desmantelar la base de la sociedad escocesa y a intentar incluso la erradicación de las tradiciones seculares del país. Escocia se convirtió en una nación ocupada militar y socialmente, uniéndose a Irlanda en el grupo de las naciones agraviadas por Inglaterra.

Sin embargo, no hubo de pasar demasiado tiempo, en el transcurso de lo que restaba del siglo XVII, antes de que los sectores más influyentes escoceses se avinieran a un acercamiento a la órbita de influencia inglesa con la exclusiva intención de favorecer aún más el renovado desarrollo económico escocés, sobre todo en los campos textil y del carbón y el acero, pero el pueblo llano mantuvo vivos sus sentimientos de autonomía en unos momentos en que Inglaterra, más que por sus problemas domésticos, se preocupaba de la expansión, y conservación en muchos casos, de un dominio marítimo y comercial que la llevaba a edificar uno de los imperios más vastos de la historia.

La victoria en la batalla de Culloden quedó oscurecida por la despiadada persecución de que fueron objeto los *Highlander.* Los heridos fueron rematados y se dio muerte a numerosos prisioneros. Otros fueron llevados a Inglaterra, donde se les juzgó sumariamente y se les ejecutó. Un millar de ellos fueron vendidos como esclavos a los plantadores de algodón norteamericanos.

Se confiscó el ganado, se derribaron las casas, se despojó de su autoridad a los jefes de los clanes y, en suma, se destruyó de forma definitiva la estructura social de los escoceses. Se prohibió hablar en gaélico, tocar la gaita, poseer armas y usar el *kilt.* Toda desobediencia era castigada con la muerte.

Se construyeron carreteras y puentes para facilitar los movimientos de tropas y de esta forma imposibilitar cualquier sublevación. Cumberland eliminó de este modo todo apoyo a la causa jacobita, pero también dejó una herencia de odio. Sin embargo, de todo ello surgió algo bueno: el valor militar de los *Highlander* pronto fue canalizado y utilizado en la creación de regimientos que rápidamente formarían parte de la elite de los ejércitos británicos.

Saratoga/ *19 de septiembre-7 de octubre de 1777*

El 4 de julio de 1776, los colonos ingleses de América del Norte proclamaron su independencia. Pero hubieron de pasar 15 meses y tener lugar una decisiva victoria sobre los ingleses en Saratoga para que las potencias europeas reconocieran a esta joven nación.

En 1776, el teniente general John Burgoyne concibió una estrategia destinada a restablecer la autoridad del rey Jorge III en América. El ejército de Washington había derrotado al general sir William Howe en Trenton y después en Princeton. El gobernador general de Canadá, sir Guido Carleton, lanzó una ofensiva a través del lago Champlain, que fracasó tras sufrir graves pérdidas en una batalla naval. Burgoyne, el segundo al mando después de Carleton, vio su oportunidad de conseguir una función de importancia. A instancias suyas, Londres le ordenó organizar una ofensiva de verano que descendería de Canadá a través del lago Champlain y el río Hudson. Simultáneamente, una columna a las órdenes del teniente coronel Barry St. Leger debía seguir por el valle de Mohawk desde el lago Ontario. Otra columna, desgajada del cuerpo principal de Howe, con base en Nueva York, remontaría el Hudson hacia el norte. Las tres columnas convergerían en Albany para aislar de las otras colonias a Nueva Inglaterra, foco de la revolución.

Pero, desde el momento en que Howe, sin que lo supiera Burgoyne, recibió autorización para organizar por su cuenta una campaña contra Washington en Pensilvania, el plan estaba condenado al fracaso. En efecto, Howe sólo dejó un pequeño ejército a las órdenes del general de división sir Henry Clinton en Nueva York, hecho que limitaba de forma considerable las operaciones sobre el Hudson.

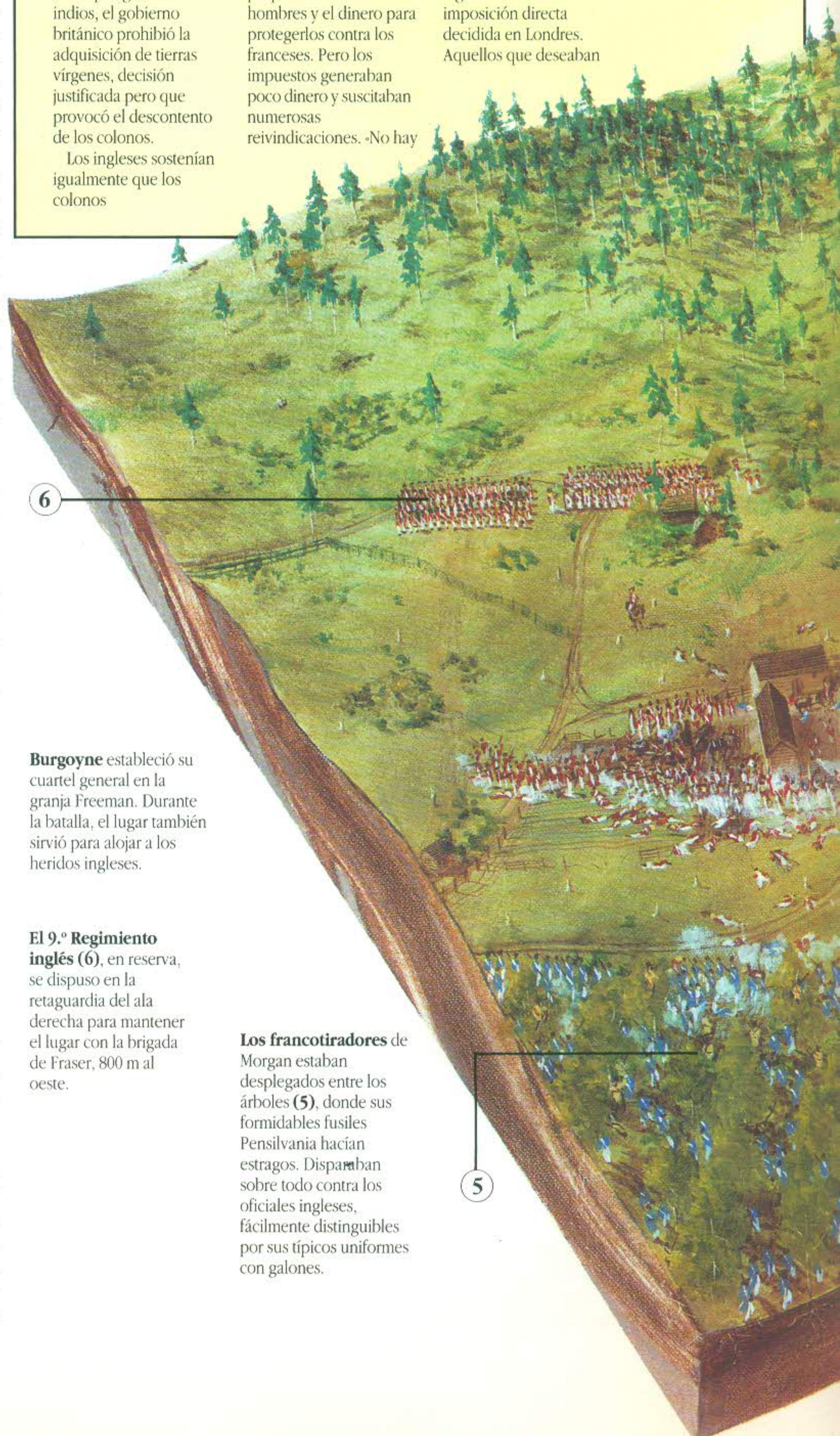
Entusiasta y confiado, Burgoyne lanzó su expedición el 21 de junio de 1777. Su ejército estaba compuesto por seis brigadas de regulares ingleses y mercenarios alemanes, más 250 irregulares canadienses y norteamericanos leales, y 400 exploradores indios. En total embarcaron 8.000 hombres y 138 cañones en 200 barcos de fondo plano que descendieron el lago Champlain.

Al principio, la operación respondió a las esperanzas de Burgoyne. El fuerte Ticonderoga, que dominaba el extremo americano del lago Champlain cayó sin un solo disparo. Los 3.000 hombres de la guarnición evacuaron el fuerte. Una columna marchó para reunirse con el ejército del general de división Philip Schuyler, 65 km al sur, mientras que otra huyó a bordo de los barcos. El general de brigada Simon Fraser partió en persecución de los primeros, alcanzó su retaguardia en Hubbardton el 7 de julio y los capturó tras un violento combate.

Mientras tanto, Burgoyne, que había dejado dos regimientos de guarnición en Ticonderoga, alcanzó a la flotilla de los rebeldes en Skenesborough y se apoderó de sus barcos, cañones y material. Después decidió avanzar con su pesado ejército, cargado con 220 carros y 42 cañones sobre un terreno difícil hasta Albany, distante unos 95 km. Escaso de víveres y municiones, envió a unos 600 hombres para que se

Vastos territorios de América del Norte pasaron a manos de los ingleses tras sus victorias sobre los franceses durante la guerra de los Siete Años. Para apaciguar a los indios, el gobierno británico prohibió la adquisición de tierras vírgenes, decisión justificada pero que provocó el descontento de los colonos.

Los ingleses sostenían igualmente que los colonos norteamericanos debían pagar su parte en los gastos de mantenimiento de las guarniciones del Nuevo Mundo, exigencia razonable puesto que Inglaterra había proporcionado los hombres y el dinero para protegerlos contra los franceses. Pero los impuestos generaban poco dinero y suscitaban numerosas reivindicaciones. «No hay tasación sin representación», fue el lema de los insurgentes. Aparecieron numerosos instigadores que ponían en duda la legitimidad de una imposición directa decidida en Londres. Aquellos que deseaban romper con Inglaterra tomaron este pretexto y en 1775 se produjeron escaramuzas en diversos lugares y, más tarde, se libró la decisiva batalla de Saratoga.

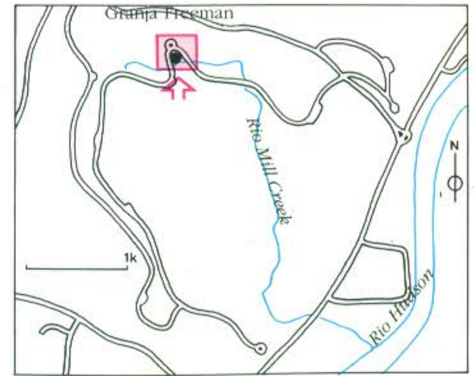


Burgoyne estableció su cuartel general en la granja Freeman. Durante la batalla, el lugar también sirvió para alojar a los heridos ingleses.

El 9.º Regimiento inglés (6), en reserva, se dispuso en la retaguardia del ala derecha para mantener el lugar con la brigada de Fraser, 800 m al oeste.

Los francotiradores de Morgan estaban desplegados entre los árboles **(5)**, donde sus formidables fusiles Pensilvania hacían estragos. Disparaban sobre todo contra los oficiales ingleses, fácilmente distinguibles por sus típicos uniformes con galones.

El 19 de septiembre de 1777, al término de un bello día de otoño, los ingleses habían sufrido graves pérdidas en la granja Freeman, donde los insurgentes al sur y los casacas rojas al norte, tenían sus posiciones a un lado y otro de un claro de 300 m de extensión.



Tras un ataque, los muertos ingleses **(1)** cubrían los límites del pinar. La decisión de entablar una batalla clásica a la europea, con las tropas en filas cerradas, hizo de los ingleses presas fáciles para los tiradores insurgentes.

El combate más encarnizado se desarrolló en el lado sur del claro **(2)**. Allí, tres regimientos ingleses, los 20.°, 21.° y 62.°, fueron aniquilados bajo el fuego y la superioridad numérica de los insurgentes.

Los cañones del 62.° Regimiento inglés **(4)** dispararon durante todo el día. Los insurgentes cargaron repetidas veces, pero fueron rechazados siempre.

El general Von Riedesel y sus *Brunswick* **(3)** avanzaron a partir del río Hudson, al este. Inactivos tras permanecer dos años en América, estaban deseosos de entrar en combate.

apoderaran de un depósito americano en Bennington, en Vermont. Sus soldados fueron derrotados y una segunda columna enviada en su ayuda también fue rechazada.

Mientras tanto, en el valle del Mohawk, los 1.500 hombres del coronel St. Leger habían sido detenidos delante de Fort Stanwix (hoy día Fort Schuyler), 200 km al oeste de Albany y se habían batido en retirada. Howe, convencido de que Burgoyne se bastaba a sí mismo tras sus primeros éxitos, combatía por su cuenta en Pensilvania y no estaba en condiciones de enviar fuerzas en número apreciable hacia el norte antes del invierno.

Burgoyne se encontraba, por tanto, en una posición muy avanzada dentro de territorio enemigo, con la pérdida de un 15 por ciento de su ejército, con informes que señalaban el incremento constante del número de americanos movilizados contra sus fuerzas y sin ninguna esperanza de recibir apoyo de importancia. El 13 de septiembre, tras recibir víveres y el refuerzo de algunas compañías alemanas, decidió reemprender el camino hacia Albany. Su extenuada columna vadeó el Hudson sobre un puente de pontones cerca de Saratoga (Schuylerville en la actualidad), en la orilla oeste del Hudson. A las órdenes del general Horatio Gates, que había reemplazado a Schuyler, el ejército americano había tomado posiciones la víspera sobre las colinas de Bemis, a unos 40 km al norte de Albany. Gates disponía de unos 7.000 hombres y 22 cañones, situados detrás de una sólida línea de parapetos y con 500 tiradores de elite del coronel Daniel Morgan, enviados por Washington.

Una espesa niebla cubría el valle del Hudson cuando los soldados del rey levantaron el campamento a la 10,00 horas del 19 de septiembre. El avance se realizaba en tres columnas: el general Fraser con 2.500 hombres a la derecha, Burgoyne, con 1.400, en el centro, mientras que los alemanes y la artillería, a las órdenes del barón Von Riedesel, avanzaban a lo largo del río, en el flanco derecho. Muchos oficiales de Gates, en especial, el general de división Benedict Arnold, eran partidarios de tomar la iniciativa, pero Gates sólo consintió el envío de los tiradores de elite de Morgan en misión de exploración.

Una hora más tarde, cerca de un claro próximo a la granja Freeman, la vanguardia inglesa de la columna central se encontró bajo el fuego graneado de los fusileros insurgentes. Como los supervivientes retrocedían en desorden, los hombres de Morgan se lanzaron sobre ellos, pero se encontraron con el grueso de la columna central y sufrieron el fuego de fusilería de los británicos, que se apresuraron a desplegarse en terreno descubierto. Era el turno de dispersarse y huir de los rebeldes. Entonces, Morgan intentó atacar el flanco derecho de Burgoyne, pero fue rechazado por Fraser que se mantenía fuertemente en su posición sobre un cerro al oeste de la granja. Más tarde, reforzado por la milicia de New Hampshire, enviada por el general Arnold, Morgan se dirigió de nuevo al claro en el que Bur-



El teniente general John Burgoyne (1722-1792). Soldado experimentado, había llegado a ser un héroe en Inglaterra después de apoderarse de una ciudadela portuguesa durante la guerra de los Siete Años. Pero en su campaña americana cometió dos errores: aunque admiraba el valor de los insurgentes, subestimó la capacidad militar de éstos y no supo adoptar los métodos necesarios para vencer a unos hombres que luchaban en su casa, sobre un terreno difícil que conocían a la perfección.



El general Benedict Arnold (1741-1801) era un soldado muy valiente, pero estaba amargado por el hecho de que cuatro jóvenes generales de brigada lo habían suplantado en la jerarquía. Sin embargo, en 1780 fue nombrado comandante de West Point. Agobiado por sus dificultades financieras y casado con una mujer que tenía simpatías realistas, conspiró con Clinton para vender West Point a cambio de una fuerte suma. El complot fue descubierto, Arnold huyó y su nombre pasó a ser sinónimo de traición.



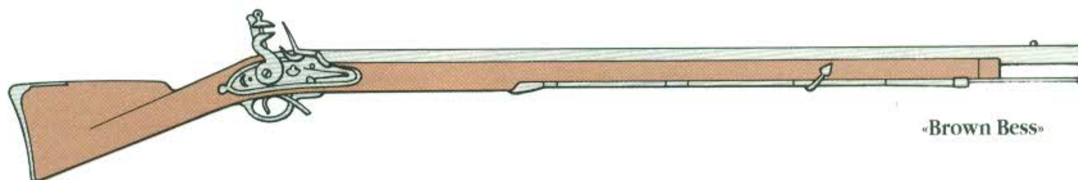
El general Horatio Gates (hacia 1727-1806), nacido en Inglaterra, sirvió en América. Después dimitió y se instaló en Virginia. Abrazó la causa de los insurgentes y su triunfo en Saratoga, a pesar de que desempeñó un papel poco importante, lo convirtió en un héroe. Sin embargo, en 1780 fue derrotado en la batalla de Camden y se alejó de forma vergonzosa de sus tropas en sus prisas por emprender la huida.

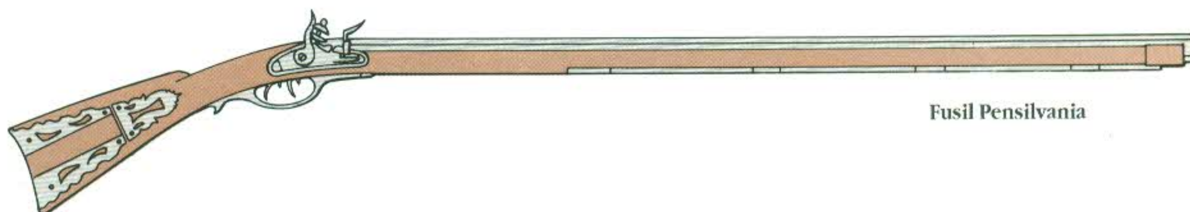


El coronel Daniel Morgan (1736-1802) estaba al mando de 500 tiradores de elite en Saratoga. Para los insurgentes fue el verdadero héroe de la batalla, pues sus exploradores vestidos con pieles, camuflados entre los árboles, hicieron estragos en las filas británicas. Tan pronto como acabó la guerra, se retiró a la vida privada.

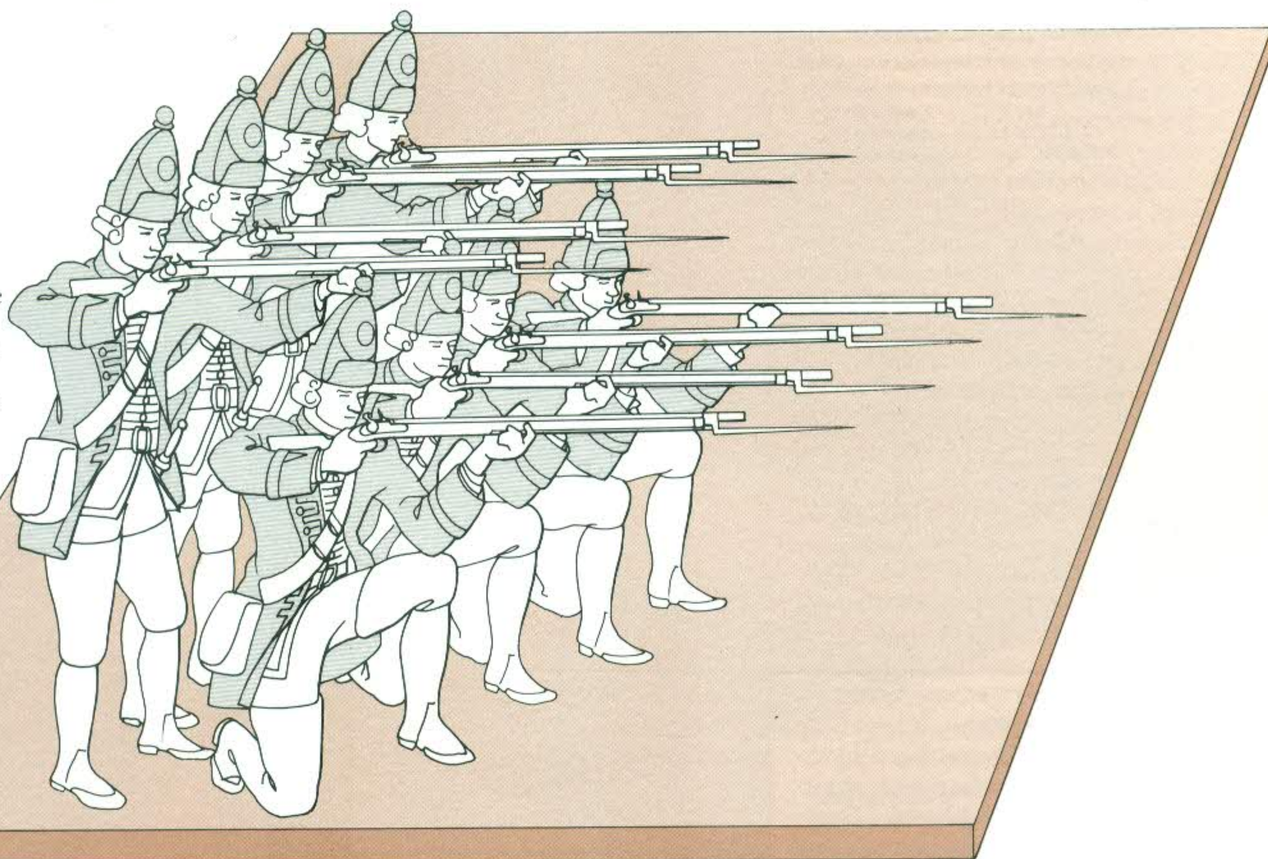
La infantería británica, en la época de la guerra de Independencia, estaba dotada con la «Brown Bess», arma de ánima lisa utilizada entre 1720 y 1840. El modelo de la época tenía un cañón de 107 cm.

Los francotiradores insurgentes tenían los fusiles Pensilvania, arma de 0,44 pulgadas de calibre con un cañón especialmente largo, más preciso, potente y rápido de cargar que la «Brown Bess».

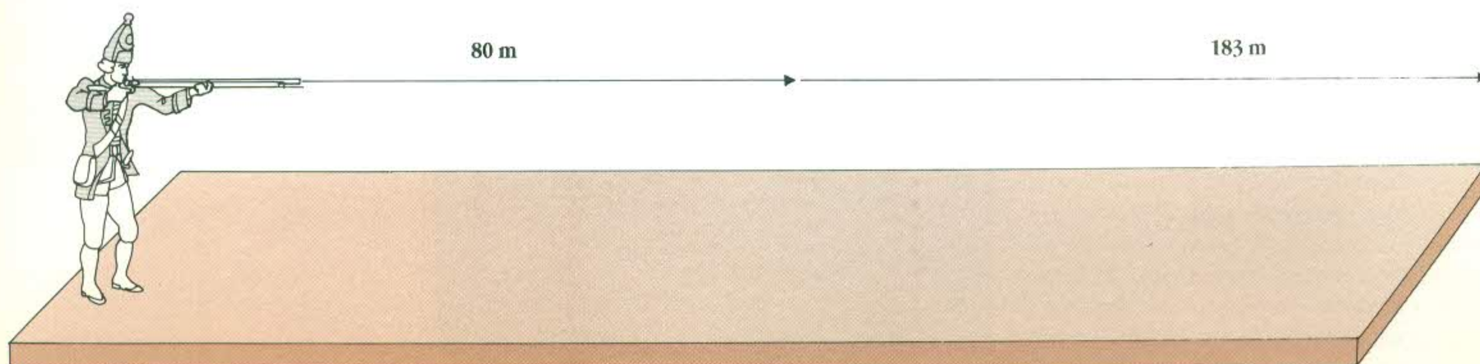




Con anterioridad al siglo XIX, los fusiles eran incómodos y de carga larga. Para compensar este inconveniente, una fila disparaba mientras que la otra recargaba el arma, o bien las dos tiraban juntas y luego cargaban a la bayoneta.



En el siglo XVIII, el soldado podía disparar tres veces por minuto. Un buen tirador podía alcanzar al enemigo a 80 m, pero más allá no era seguro que pudiera llegar; a 180 m, el proyectil perdía fuerza. A pesar de la falta de precisión a una distancia superior a los 80 m, el fuego nutrido podía ser eficaz si el enemigo era numeroso.



goyne había emplazado 900 hombres de los regimientos ingleses 20.º, 21.º y 62.º, más cuatro piezas de seis libras sobre un frente de 300 metros.

Poco después de mediodía, el crepitar de los fusiles y el rugido de los cañones retumbaron en el bosque. Por seis veces los insurgentes se lanzaron al asalto y otras tantas fueron rechazados por los casacas rojas que, a su vez, los contraatacaron. En el mismo instante en que la situación de Burgoyne se hacía crítica, el barón Von Riedesel, que mandaba el flanco izquierdo, envió por propia iniciativa a sus *Brunswick*, que realizaron un ataque a la bayoneta contra el ala derecha de los rebeldes, quienes hubieron de dispersarse en el bosque.

La única esperanza de Burgoyne, que sólo contaba con víveres suficientes para un mes, residía en la llegada de un mensaje de sir Henry Clinton, en el que afirmara su intención de preparar una maniobra de diversión contra los fuertes del Hudson, al sur de Albany. Burgoyne renunció a continuar el avance mientras no recibiera otras noticias de Clinton y ordenó la construcción de tres obras de defensa: los reductos Balcarres, Breyman y el Gran Reducto. En octubre, al no recibir noticias de Clinton, Burgoyne estaba en una situación desesperada. Decidió enviar en misión de reconocimiento a 1.500 hombres y diez piezas de artillería, que partieron el 7 de octubre a las 11,00 de la mañana.

Una hora más tarde, la columna llegó a un trigal a 800 m al suroeste del reducto Balcarres, donde Burgoyne había desplegado sus tropas. Durante este tiempo, Gates recibía una relación detallada de las incursiones inglesas. Por una vez, este general, muy prudente de ordinario, se decidió a tomar la iniciativa. El coronel Morgan, con sus fusileros, la infantería ligera y dos brigadas de la milicia, recibió la orden de rodear una colina cubierta de bosque sobre la derecha inglesa y atacar a Burgoyne por el flanco y su retaguardia; al mismo tiempo, la brigada del general Enoch Poor debía atacar el flanco izquierdo. Puesto que las tropas realistas girarían para rechazar estos asaltos, la brigada del general Ebenezer Learned fue encargada de atacar el centro de la formación enemiga.

A pesar de que había sido relevado de sus funciones tras su desacuerdo con Gates después de la batalla de la granja Freeman, el impetuoso general Arnold no pudo resistirse al ruido de los cañones y se dirigió al lugar de la acción. Los ingleses opusieron una resistencia feroz, pero no pudieron mantenerse largo tiempo frente al ataque de los insurgentes. Rodeados por éstos, hubieron de luchar espalda contra espalda. La izquierda cedió en primer lugar y la derecha quedó aplastada después por un asalto procedente de tres lados a la vez. El general Fraser reagrupó en la retaguardia lo que quedaba de sus tropas.

La batalla se desarrollaba según el plan de los rebeldes, pues la brigada de Learned apareció desde el bosque y se precipitó sobre el centro de Burgoyne. Muy superiores en número a los alemanes de Von Reidesel, los rebeldes los obligaron a retroce-

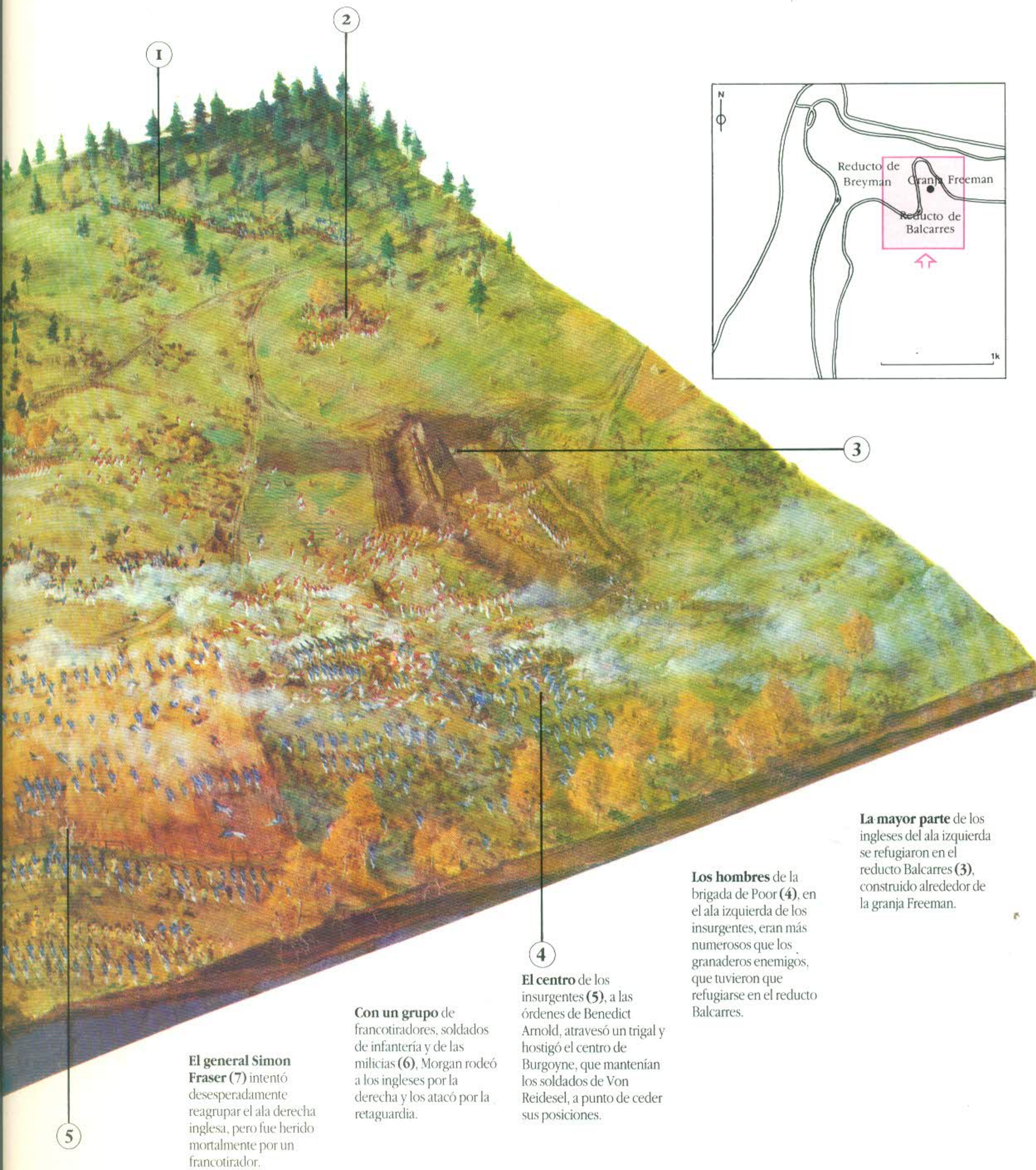
La segunda batalla de Saratoga se desarrolló al atardecer del 7 de octubre de 1777, con tiempo bueno y claro, ideal para los tiradores. Sin embargo, para entonces los ingleses habían levantado una línea fortificada que iba del Hudson al reducto Breyman. El punto fuerte de esta línea estaba en la granja Freeman, donde se habían emplazado ocho cañones en batería.

El reducto Breyman (1) estaba ocupado por los alemanes. Sólo debían atacar al final de la batalla, tras la ruptura de la línea inglesa. En este lugar resultó herido Benedict Arnold.

Los casacas rojas (2) del ala izquierda, una vez que cayó su posición, se refugiaron en el reducto Breyman.







La mayor parte de los ingleses del ala izquierda se refugiaron en el reducto Balcarres **(3)**, construido alrededor de la granja Freeman.

Los hombres de la brigada de Poor **(4)**, en el ala izquierda de los insurgentes, eran más numerosos que los granaderos enemigos, que tuvieron que refugiarse en el reducto Balcarres.

El centro de los insurgentes **(5)**, a las órdenes de Benedict Arnold, atravesó un trigal y hostigó el centro de Burgoyne, que mantenían los soldados de Von Reidesel, a punto de ceder sus posiciones.

Con un grupo de francotiradores, soldados de infantería y de las milicias **(6)**, Morgan rodeó a los ingleses por la derecha y los atacó por la retaguardia.

El general Simon Fraser (7) intentó desesperadamente reagrupar el ala derecha inglesa, pero fue herido mortalmente por un francotirador.

der. Espléndido con su casaca roja, Fraser se lanzó al galope para intentar impedir la derrota, pero fue abatido por un tirador de Morgan. Ya nada podía evitar el pánico.

Los disparos no cesaron hasta el anochecer y Burgoyne condujo a sus agotadas tropas al Gran Reducto. Había perdido 600 hombres en esta segunda batalla de Saratoga, mientras que los rebeldes habían tenido 200 bajas.

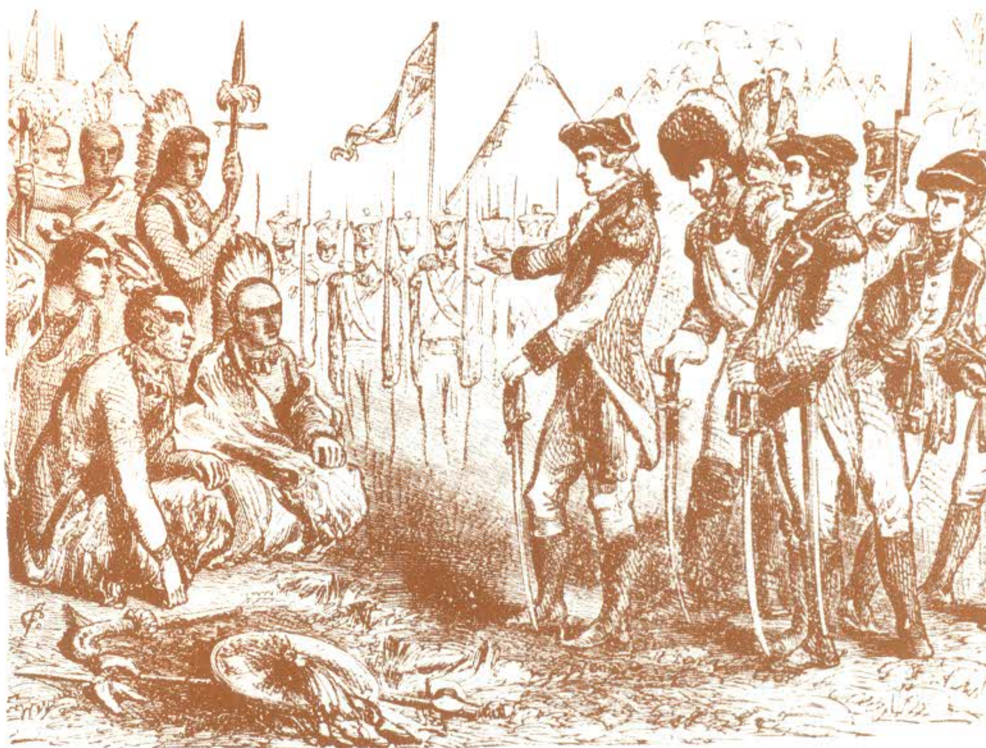
Llegó la noche y Burgoyne dio la orden de retirarse hacia Saratoga, con la intención de cruzar el río sobre el puente de pontones y replegarse sobre el fuerte de Ticonderoga. Tras dos horas de una marcha difícil de 12 km bajo la lluvia y sobre el barro, ingleses y alemanes llegaron a Saratoga para encontrar que los insurgentes ya habían emplazado sus cañones en batería sobre el puente del Hudson.

El 17 de octubre, Burgoyne aceptó la derrota y firmó una capitulación que generosamente autorizaba a las tropas inglesas a regresar a Inglaterra con la condición de que nunca podrían regresar a América del Norte. El Congreso Continental revocó el acuerdo. No negaba el mérito del enemigo, pero no estaba dispuesto a permitir que los prisioneros regresaran a sus casas, por lo que se les mantuvo en cautiverio hasta el final de la guerra.

Esta conducta del Congreso atrajo sobre sí muy mala prensa, tanto de propios como de extraños, y hubo quien dijo de ello que era «poco más o menos, como disparar contra una bandera de parlamento».

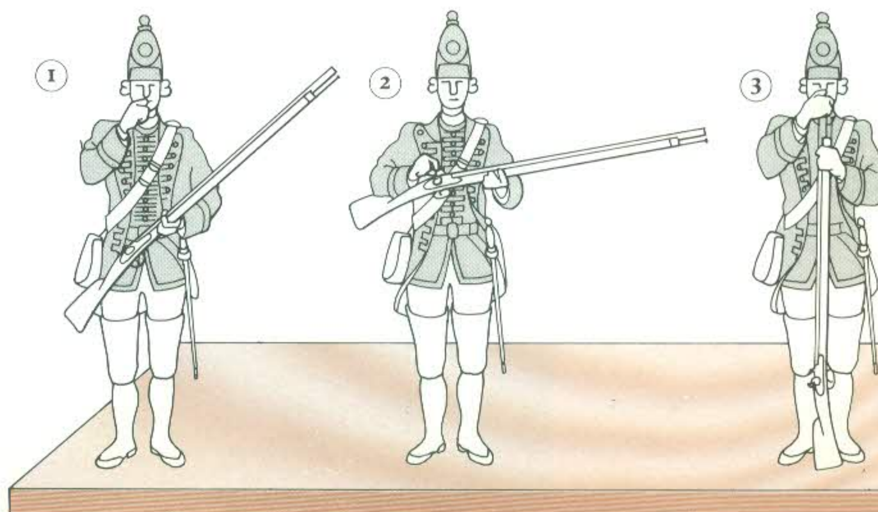
La campaña de Burgoyne fue una de las más decisivas de la historia de Inglaterra, y también de los futuros Estados Unidos, y la derrota supuso para el teniente general inglés que sus compañeros de armas no le negasen el mérito que había tenido su tentativa, en condiciones tan desfavorables, pero también que los políticos de su país le acosasen con todo tipo de recriminaciones. Burgoyne consiguió reestablecer su reputación con el paso del tiempo, pero a su muerte, en agosto de 1792, cayó en el olvido.

Pero la derrota de Saratoga no fue sólo un revés en el campo de batalla, sino que a partir de ella empezó a quedar claro que la independencia de las colonias americanas era inevitable. Los ingleses habían perdido la iniciativa, que desde entonces pasó de uno a otro bando. Pero hubo otra consecuencia aún más importante, el hecho de que Francia, deseosa de resarcirse de sus derrotas a manos de los británicos durante la guerra de los Siete Años, se decidió a apoyar a los rebeldes de las colonias. A ella se sumaron más tarde España y los Países Bajos. Luis XVI aprobó la alianza con los Estados Unidos el 6 de diciembre de ese año. En febrero de 1778 se firmó un tratado entre ambos países y en marzo se declararon las hostilidades entre Francia y Gran Bretaña. Así comenzó a fraguarse el destino final de las colonias británicas en Norteamérica y, por la influencia futura de esa revolución, también el de las posesiones de otras potencias europeas.



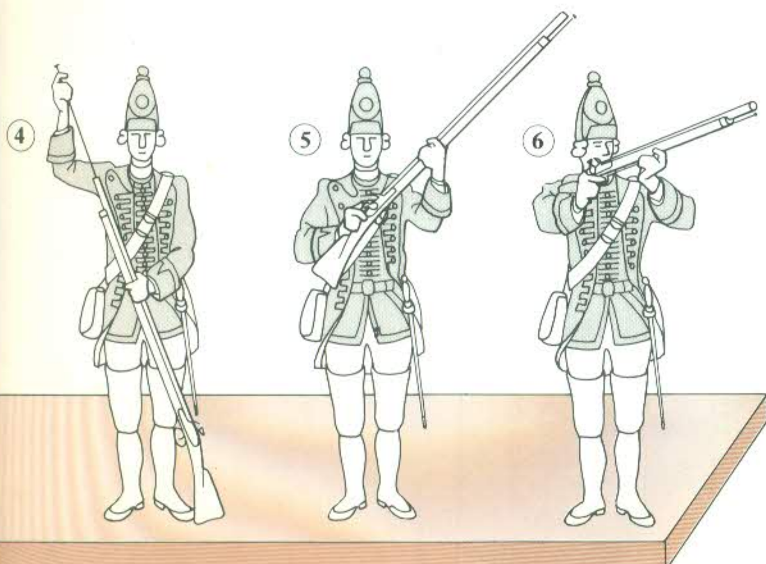
Al igual que otros militares ingleses, Burgoyne utilizó numerosos indios como exploradores y combatientes. Eran aliados bien dispuestos pues los colonos se habían apoderado de sus tierras sin entregarles ninguna compensación. Pero tras el desastre de Bennington, la mayor parte abandonó a Burgoyne. En Saratoga sólo eran un centenar.

Los infantes eran sometidos a un estricto entrenamiento para realizar la carga del mosquete de pedernal a fin de mantener la cadencia de tiro en combate. De izquierda a derecha (abajo), se trataba de: **(1)** Romper el papel del cartucho con los dientes. **(2)** Verter la pólvora en el cañón y cebar la cazoleta. **(3)** Colocar la bala y el taco de papel en el cañón. **(4)** Armar **(5)**. Entonces, el soldado estaba preparado para abrir fuego a la señal de mando **(6)**.





Muchos insurgentes vestían de forma irregular, la mayor parte de pieles. La mayoría de ellos estaban armados con el fusil Pensilvania, más largo que otros de la misma época, más preciso y con un alcance superior. Sin embargo, por razones de orgullo nacionalista, la mayor parte de los fusileros insurgentes **(1 y 3)** llevaban un uniforme distinto de su regimiento. Los granaderos ingleses **(2)**, al igual que los alemanes y muchos insurgentes, tenían un mosquete de ánima lisa. Los granaderos llevan mitra. Para lanzar la granada, colocaban su arma en bandolera, movimiento más fácil de efectuar con una mitra que con un tricornio.



Las consecuencias a corto y largo plazo de la capitulación de Saratoga fueron considerables. Los insurgentes parecieron capaces de lograr el éxito y rápidamente consiguieron aliados en Europa, sobre todo Francia, deseosa de vengar las derrotas infligidas por los ingleses durante la guerra de los Siete Años. La flota francesa forzó el bloqueo británico de las costas y suministró a los insurgentes las municiones sin las que habrían fracasado. Por otra parte, la guerra entre Inglaterra y Francia retenía en Europa a gran parte de las fuerzas británicas. Antes de la batalla de Saratoga, la independencia norteamericana parecía poco probable. Después se hizo inevitable.

Como consecuencia directa de la batalla, Gran Bretaña perdió sus colonias americanas, y nació una nueva nación, llamada a ser más próspera y poderosa que cualquier país de Europa. Fundada sobre el doble principio de la libertad y la democracia, tuvo una influencia inmediata en la relaciones internacionales. El éxito de la sublevación norteamericana inspiró a los hombres de la Revolución francesa, que conduciría a su vez a las guerras napoleónicas. Más tarde, la Revolución norteamericana serviría de inspiración a los que, en América del Sur, buscaban independizarse de sus dueños españoles y portugueses para fundar países independientes.



El general Simon Fraser, mortalmente herido en la segunda batalla de Saratoga, pidió ser enterrado en el Gran Reducto. Burgoyne consintió en ello a pesar de que retrasaba de forma peligrosa la retirada. Al observar la agrupación de hombres y en la creencia de que los ingleses preparaban alguna maniobra, los insurgentes comenzaron a disparar sus cañones. Las balas llegaban muy cerca y cubrían de polvo a los asistentes, pero no por ello el sermón del capellán fue menos largo. Von Riedesel, que estaba presente junto con Burgoyne, afirmó que era «el auténtico entierro de un guerrero».

Austerlitz/*2 de diciembre de 1805*

En el invierno de 1805 Napoleón hubo de recurrir a un subterfugio para que su ejército saliera de Moravia (en la antigua Checoslovaquia), donde se encontraba en una difícil situación causada por el frío, el hambre y, además, en inferioridad numérica. La larga marcha que le había llevado a Europa Central y que culminaría en Austerlitz, comenzó en septiembre de ese mismo año.

La alianza de Austria y Rusia que, junto con Gran Bretaña, formaban la Tercera Coalición, le había obligado a autocoronarse emperador de los franceses y a abandonar sus ambiciosos proyectos de invasión de Inglaterra y, en su lugar, encaminarse hacia el este. Sus tropas, pues, abandonaron las costas del canal de la Mancha y el *Armée d'Angleterre* perdió su nombre para convertirse en el *Grande Armée*.

Con objeto de sorprender a los austríacos y rusos, que habían podido reunir considerables fuerzas, Napoleón vadeó el Rin con sus 200.000 hombres en una ofensiva relámpago. Con su acción en el sur de Alemania, rodeó a 60.000 austríacos en Ulm y los obligó a capitular prácticamente sin disparar un solo tiro.

Unos 150 km más allá en dirección sureste, en el valle del Inn, en Austria, se encontraba un ejército ruso a las órdenes del comandante en jefe de los ejércitos aliados, el mariscal Mikhail Kutuzov quien a sus sesenta años era un jefe prudente. Éste decidió esperar que su ejército se hiciera más fuerte y, hábilmente, se retiró con orden hacia el este en dirección a Viena, y luego hacia el norte, a Moravia, donde se reunió con su compatriota el teniente general F. W. Buxhowden, el 19 de noviembre de 1805.

Seguido de cerca por los franceses, Kutuzov prosiguió su retirada. Desde Brünn (Brno), marchó sobre Olmütz (Olomuc), donde recibió el refuerzo de 89.000 hombres y 278 cañones. Allí ya no pudo ostentar el título de comandante en jefe, pues el zar Alejandro I y el emperador de Austria, Francisco I, se encontraban en el lugar. El zar, soldado de escasa experiencia, tenía unas ideas muy anticuadas sobre la manera de llevar a cabo la campaña. Francisco I se puso en sus manos. La más cara ambición de Alejandro era la de alcanzar la gloria al derrotar a Napoleón: por tanto ya no era cuestión de retroceder.

En esos momentos, el *Grande Armée* se encontraba en una situación vulnerable, reducido por su larga marcha, por el incremento continuo de los hombres encargados de asegurar las líneas de comunicaciones, cada vez más largas, y con una intendencia desbordada. Además, con el mal tiempo el número de los rezagados tomó proporciones alarmantes. En su campamento, al sur de Olmütz, Napoleón sólo tenía 55.000 hombres mal alimentados que permanecían agrupados alrededor de las fogatas, en medio de un terreno hostil, a 1.000 km de su país. En esa situación recibió una mala noticia: Prusia estaba a punto de entrar en la Tercera Coalición.

El emperador no tenía muchas posibilidades ante sí: la retirada fue rechazada y un avance de frente



Hacia las 13,00 horas de un frío día de invierno, el 2 de diciembre de 1805, la infantería francesa que, al término de una encarnizada lucha, ocupaba la meseta de Pratzen, posición central sobre el campo de batalla de Austerlitz, sufrió un violento ataque de la Guardia Imperial rusa. Su momentáneo éxito comprometió los planes de Napoleón, pero los franceses no tardaron en rechazarlo.



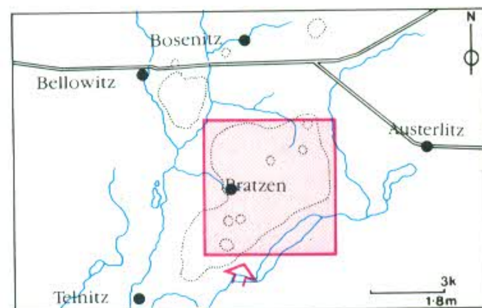
Entre 1803 y 1805 Napoleón reunió un ejército en Boulogne con la intención de invadir Inglaterra, su más tenaz e implacable enemigo. Pero la amenazante evolución de la situación europea le obligó a modificar sus planes. Por instigación del zar Alejandro I y con el apoyo decidido del Primer Ministro británico William Pitt, se reavivó la alianza entre Rusia, Austria y Gran Bretaña contra Francia. Esta Tercera Coalición estaba destinada a frenar las ambiciones de Napoleón en Europa. Mientras la Armada británica bloqueaba a la flota francesa en el puerto de El Ferrol, Rusia y Austria unieron sus fuerzas contra Napoleón. Al finalizar el verano de 1805, éste comprendió que el único medio de detener el peligro era golpear el primero. Por tanto, modificó sus proyectos de invasión, hizo que su ejército atravesara Francia, vadeó el Rin e hizo frente a sus enemigos.

En cabeza de la caballería de la Guardia Imperial rusa **(1)**, el gran duque Constantino, hermano del zar Alejandro, ordenó a sus escuadrones atacar el ala izquierda francesa, lo que provocó el pánico y la retirada de algunas unidades **(2)**.

Los 100.000 hombres de la Guardia Imperial rusa **(3)**, única fuerza de reserva de los Aliados, rompieron la primera línea francesa con una carga a la bayoneta.

Cuando Napoleón (4) se dirigió hacia la meseta de Pratzen para observar la lucha de cerca, fue acogido por dos batallones franceses en retirada **(5)**; uno de ellos había perdido su águila, la única bandera que fue capturada por los Aliados en Austerlitz.

La segunda línea francesa desbarató el asalto ruso gracias a su artillería **(6)**, que disparaba botes de metralla.



El grueso del ataque de la Guardia Rusa se dirigió contra la 2.ª División del general Vandamme **(7)**, perteneciente al 4.º Cuerpo del mariscal Soult, en posición al oeste, sobre la meseta de Pratzen. Vandamme fue herido en esta acción, que dañó a la elite del ejército ruso, que tuvo en esta acción 700 bajas entre muertos y heridos.

contra fuerzas mucho más numerosas, era imprudente. Para conseguir tener en sus manos la iniciativa, Napoleón decidió atraer rápidamente a los Aliados contra su ejército y actuar de forma que la batalla se produjera según un plan y en un terreno elegido por él.

Se dispuso a hacer que los Aliados creyeran que la moral del ejército francés era muy baja, y para ello las tropas en vanguardia recibieron la orden de retirarse a la vista del enemigo.

El mismo Napoleón retrocedió varios kilómetros hacia Austerlitz (Slavkov) donde, a propósito, no ocupó el mejor punto estratégico, la llanura de Pratzen, al sur de la localidad. Después, en una última estratagema, pidió la paz.

Caído en la trampa, el zar dio la orden de marchar sobre Austerlitz. Kutuzov no estaba tranquilo, pero el zar no tuvo en cuenta sus temores.

El zar Alejandro hubiera debido escuchar a su mariscal. Mientras que el 1 de diciembre las divisiones austríacas y rusas avanzaban hacia la llanura de Pratzen, la situación en el campamento francés, emplazado al oeste, al otro lado del río Goldbach, no era precisamente la que esperaba el zar.

A espaldas de los Aliados, Napoleón había hecho acudir de Iglau al 1.er Cuerpo del mariscal Bernadotte, y esa tarde, la vanguardia del 3.er Cuerpo del mariscal Davout llegaba a Viena en una marcha forzada. Las líneas francesas estaban orientadas hacia el este sobre un frente de 8 km que se apoyaba, en el flanco izquierdo, sobre la colina fortificada de Santon y, en el derecho, sobre los lagos helados de Telnitz.

En un golpe de genialidad táctica, Napoleón concentró el grueso de sus tropas sobre el centro y la izquierda, ocultas entre las ondulaciones del terreno, y dejó desguarnecido su flanco derecho a lo largo del Goldbach y hacia Telnitz. De esta forma empujaba a los Aliados a debilitar su centro sobre la llanura de Pratzen para lanzarse a fondo contra su derecha e intentar cortar a los franceses una eventual línea de repliegue por la gran ruta de Viena. Napoleón se apoderaría entonces de la llanura y envolvería al enemigo por su izquierda.

El general austríaco Weyrother, favorito del zar, había concebido un plan de ataque por el que algunos de sus 50.000 hombres atravesarían el Goldbach a las órdenes de Buxhowden para cortar el camino de Olmütz a Viena y rechazar a los franceses. Durante la ejecución de esta maniobra, la infantería del general Bagration y la caballería del príncipe Juan de Lichtenstein, en total unos 17.000 hombres, amenazarían el punto fortificado de Santon. La Guardia Imperial rusa formaría la reserva en el flanco derecho aliado.

Sin embargo, pocos jefes de unidad estaban al corriente de los detalles de la operación. Kutuzov se durmió durante la exposición del plan por Weyrother y cuando se terminó de traducirla para que los rusos, que formaban el 60 por ciento de sus efectivos, comprendieran las órdenes, ya había despuntado el amanecer. Los oficiales no tuvieron



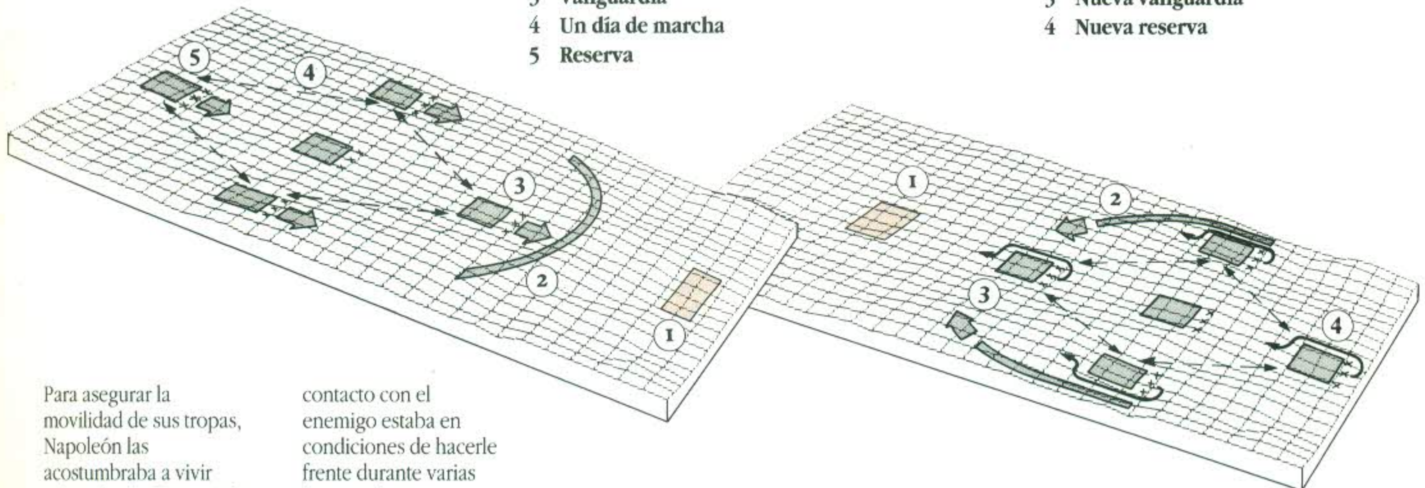
El mariscal Mikhail Ilarionovich Kutuzov (1745-1813), soldado experimentado, desaconsejó vivamente la idea de enfrentarse a Napoleón en Austerlitz; no fue escuchado y el resultado fue un desastre. En cabeza de las tropas rusas contra el invasor francés, se enfrentó de nuevo a Napoleón en 1812. En Borodino, pueblo situado a un centenar de kilómetros al oeste de Moscú, entabló sangrientos combates para intentar retrasar el avance enemigo. Los rusos sufrieron tres ataques en masa, un bombardeo y luego una carga de caballería antes de ceder terreno y dejar vía libre hasta Moscú. Cuando Napoleón abandonó la capital para batirse en retirada, Kutuzov le persiguió con encarnizamiento, e infligió graves pérdidas al *Grande Armée*.



Alejandro I (1777-1825). El zar siguió una política liberal al principio de su reinado, que pretendía mejorar la suerte de sus siervos. Pero tras la derrota de Napoleón en Rusia (1812-1813), se convirtió en uno de los personajes más poderosos de Europa y se esforzó por aplastar los movimientos revolucionarios. Su creciente conservadurismo se debía en parte a sus convicciones religiosas, que le impulsaban a observar una moral muy estricta. Tras su muerte, corrió el rumor que se había retirado a vivir como ermitaño en Siberia. En 1927 el gobierno soviético hizo abrir su tumba, que estaba vacía. El misterio subsiste todavía hoy.



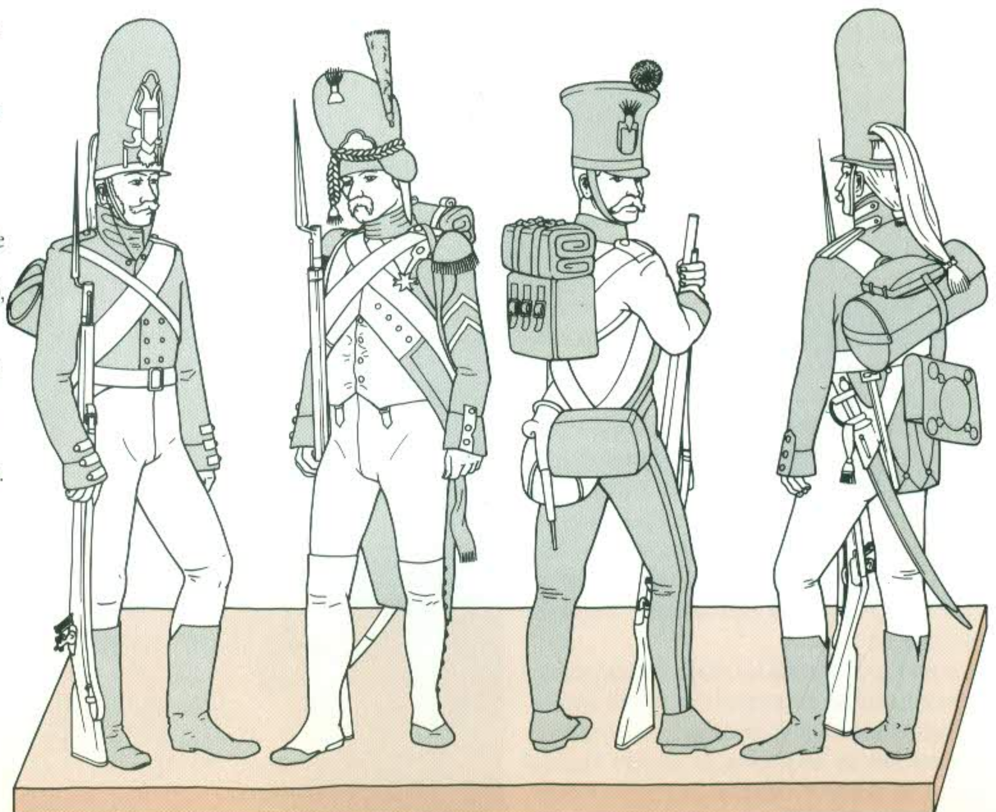
Francisco I (1768-1835), emperador de Austria y también, con el nombre de Francisco II, el último emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, confederación disuelta por Napoleón en 1806. En Austerlitz el Emperador, prematuramente envejecido y desacreditado por anteriores derrotas, cedió ante el joven e impetuoso zar Alejandro. A pesar de su derrota y de nuevas humillaciones, consintió en dar en matrimonio a su hija María Luisa a Napoleón. Esta circunstancia, así como el temor de que Rusia y Prusia se hicieran demasiado poderosas, le llevó a proponer condiciones moderadas tras la derrota de Napoleón ante los prusianos en 1814.



Para asegurar la movilidad de sus tropas, Napoleón las acostumbraba a vivir sobre el país. Esto exigía que en ocasiones se desplazasen en formaciones inferiores al cuerpo de ejército y adoptaran caminos diferentes. Esta solución resolvía el problema de un ejército dividido al mantener entre los dos cuerpos una distancia nunca superior a una jornada de marcha. Todos los cuerpos tenían los mismos efectivos, y el primero que entraba en contacto con el enemigo estaba en condiciones de hacerle frente durante varias horas incluso en inferioridad de condiciones. Mientras tanto, Napoleón realizaba un movimiento envolvente en el que utilizaba como pantalla los accidentes del terreno o una cortina de caballería. El falso ataque frontal generalmente atraía al enemigo a la trampa, mientras finalizaba la maniobra de desbordamiento. Entonces intervenía la reserva para apoyar al cuerpo de ejército en combate. El resultado a menudo era muy concluyente. Cuando se desconocía la posición exacta del enemigo, esta táctica presentaba una ventaja complementaria. Si el enemigo no se encontraba delante de los franceses, cualquiera de los tres cuerpos podía desempeñar la función de vanguardia, de forma que si el enemigo estaba sobre el flanco derecho francés, este último se convertía en vanguardia y el ala izquierda pasaba a ser la reserva. La antigua vanguardia entonces era el ala izquierda y la reserva, el ala derecha. Esta rapidez de maniobra aumentaba considerablemente las posibilidades de Napoleón. Durante la marcha, él permanecía a retaguardia, pero desde el momento en que se iniciaba la acción se situaba delante. «Un general —decía— que tiene que ver las cosas a través de los ojos de otros nunca podrá mandar un ejército como es necesario.»

Consciente de que la fidelidad del soldado hacia su unidad es tan importante como hacia su soberano, Napoleón daba una gran importancia al uniforme. Cada soldado de infantería **(2)** llevaba uniforme blanco y casaca azul con bocamangas rojas. Para los desfiles, el uniforme era suntuoso y elegante. El bigote era obligatorio y el soldado debía llevar los cabellos sujetos con la ayuda de una cinta negra, en una cola de 15 cm de longitud. Cada noche, los soldados de la Guardia se rizaban el pelo y por la mañana, un peluquero acudía a peinarlos.

En la Guardia se entraba por méritos. En Rusia, el reclutamiento de este cuerpo de elite se efectuaba más bien en función de la talla; con sus anchas espaldas y su gran casco, los hombres tenían una apariencia impresionante **(1 y 4)**. Severas restricciones en el presupuesto militar austríaco en los años anteriores a Austerlitz habían mermado seriamente la eficacia de su ejército. La mayor parte de los infantes **(3)**, que llevaban el alto chaco y casaca verde, estaban armados con el anticuado fusil María Teresa de 1754 para el que, con frecuencia, carecían de municiones.



Austerlitz/3

tiempo de descifrar sus instrucciones, y menos todavía de comprenderlas. El resultado fue una situación caótica.

El 2 de diciembre, una densa niebla envolvía los ejércitos, que habían tomado posiciones con las primeras luces del día. Los Aliados tenían muy mala visibilidad. Las unidades se mezclaron y un terrible atasco se produjo cuando las tropas descendieron.

Buxhowden se encontró de repente bajo el nutrido fuego de la derecha francesa, pero rápidamente obtuvo la superioridad frente a una defensa muy débil. El 3.er Cuerpo de Davout no tardó en entrar en acción y, a pesar de la fatiga, se mostró tan eficaz que Buxhowden solicitó refuerzos de la formación central, exactamente como Napoleón había previsto.

Desde su puesto de mando, sobre la colina de Zurlan, en su flanco derecho, Napoleón descubrió a las 8,12 horas que numerosos regimientos aliados abandonaban Pratzen para dirigirse hacia el sur. Cuando desaparecieron de su vista, envió dos divisiones del 4.º Cuerpo de Soult, ocultas al enemigo por la niebla que cubría el fondo del valle, para que tomaran la llanura. La sorpresa fue total. Muy pronto, los franceses ocuparon Pratzen y llevaron cañones a la posición para bombardear la importante ala derecha austrorrusa.

Durante este tiempo, en el flanco derecho aliado, Bagration y Lichtenstein, que habían lanzado precipitadamente un ataque sobre la colina de Santon, fueron rechazados por el 5.º Cuerpo de Lannes, el 1.er Cuerpo de Bernadotte y la caballería de Murat. Hasta ese momento, prácticamente no se había abierto fuego en ese sector. Napoleón dio orden a Bernadotte de acudir al pueblo de Blasowitz para apoyar el ataque de Soult al sur.

En principio, la maniobra fue un éxito pero hacia las 9,30 horas la infantería ligera rusa reconquistó la localidad. En el transcurso de media hora se entablaron violentos combates alrededor de Blasowitz cuando la caballería de Murat y los infantes de Lannes avanzaron para detener a la infantería de Bragation y a la caballería de Lichtenstein. Los franceses, aunque menos numerosos, pusieron pie a tierra y abrieron un nutrido fuego sobre las filas aliadas. Después, montaron de nuevo, cargaron y detuvieron el ataque de Lichtenstein. Bragation respondió rápidamente con un nuevo ataque a Santon, pero la línea francesa resistió el asalto.

Poco después, Lannes reconquistó Blasowitz, y Murat, aprovechando su suerte, cargó para abrir un hueco entre Bagration y Kutuzov al sur. Durante un corto espacio de tiempo la suerte del combate fue incierta, pero la caballería aliada terminó por ceder terreno. A mediodía, Bagration se replegó y Bernadotte pudo acudir al lugar para apoyar el ataque del centro francés.

A lo largo de la mañana los Aliados habían realizado varias tentativas de ocupar la llanura de Pratzen, pero todas fracasaron. Al iniciarse la tarde recurrieron a sus fuerzas de reserva, la Guardia Imperial rusa, en un supremo esfuerzo para ganar terreno, maniobra que inquietó momentáneamente a Napo-

El 2 de diciembre de 1805, tras apoderarse de la meseta de Pratzen en el centro del campo de batalla, Napoleón, a las 14,30 horas, se dedicó a destruir el ala izquierda del ejército aliado, al mando del ruso Buxhowden. Los franceses cayeron sobre los austríacos de frente, por el ala derecha y por detrás, y los hicieron retroceder desordenadamente hacia los lagos de Telnitz.

Comenzaba a nevar cuando, hacia las 16 horas, se consumó el último acto de la tragedia de Austerlitz. Mientras algunas unidades se rendían y otras se batían en retirada, se dio orden de romper las filas y dispersarse para conseguir una oportunidad de salvación. Muchos eligieron huir a través de uno de los helados lagos de Telnitz, el Satschan **(1)**.

Las tropas francesas (2) convergieron sobre los Aliados que se batían en retirada **(3)**. El general Buxhowden consiguió escapar y dejó tras de sí a la mayor parte de sus hombres.





Al día siguiente de la batalla de Austerlitz, el emperador de Austria, Francisco I, envió un emisario a Napoleón para negociar el fin de las hostilidades. Ambos soberanos se reunieron el 4 de diciembre en el molino de Spaleny, cerca de Austerlitz (escena representada en el cuadro) y se firmó un armisticio.

Se cree que **Napoleón** dio orden de disparar a la artillería sobre el hielo del lago **(4)** para provocar que los fugitivos de la batalla se ahogaran.

El efecto combinado de la nieve y la oscuridad puso fin a la batalla a las 16,30 horas, con los franceses como dueños del terreno.



2

3

4

El número de los soldados aliados que se ahogaron cuando se fracturó el hielo del lago de Satschan bien a causa de su peso, bien bajo efecto de los cañonazos, o por ambos motivos, ha sido objeto de conjeturas.
El 30.º Boletín del Gran Ejército calculó que 20.000 rusos perecieron en las últimas fases de la batalla, cifra seguramente muy exagerada. Es poco probable que la realidad sobrepasara las 2.000 bajas.

león. La furiosa carga rompió su primera línea y aplastó algunas unidades antes de que la caballería de la Guardia restableciera la situación.

A las 2,30 horas, los franceses eran los dueños absolutos de la llanura, y Napoleón podía emprender la destrucción sistemática de los efectivos de Buxhowden rodeados por delante, detrás y por su flanco derecho. Hubo numerosos muertos y millares de prisioneros. Entre los que lograron escapar, muchos se ahogaron al intentar atravesar los lagos de Telnitz al ceder el hielo. Se dijo que los franceses habían provocado la ruptura de la costra de hielo al disparar sus cañones sobre la zona, pero es más probable que el hielo cediera bajo el peso de los fugitivos.

Las pérdidas de los Aliados se elevaron a 27.000 hombres y las de los franceses, a 8.000.

Esta «batalla de los tres emperadores» se convirtió en una victoria memorable y destruyó la Tercera Coalición. Austria pidió rápidamente la paz, mientras que los rusos regresaron a su país.

En diciembre de 1805 se firmó en Presburgo (la actual Bratislava, en Eslovaquia) el tratado de paz homónimo entre Napoleón y el emperador Francisco II. En virtud del mismo, Austria cedió a Napoleón (en su calidad de rey de Italia) el Véneto, Istria, Dalmacia, Friul y Cattaro. Los bávaros obtuvieron Augsburgo, Lindau, Vorarlberg, Tirol y Trentino, mientras que Wurtemberg recibió parte de Brigovia y Suabia. Por su parte, se concedió a Baden parte de Brigovia, Constanza y Ortenau. Baviera y Wurtemberg se convirtieron en reinos, y Baden en un gran ducado; estos tres estados quedaron totalmente desligados de la relación de dependencia que hasta entonces habían tenido con el Imperio austríaco y constituyeron el núcleo de la confederación del Rin.

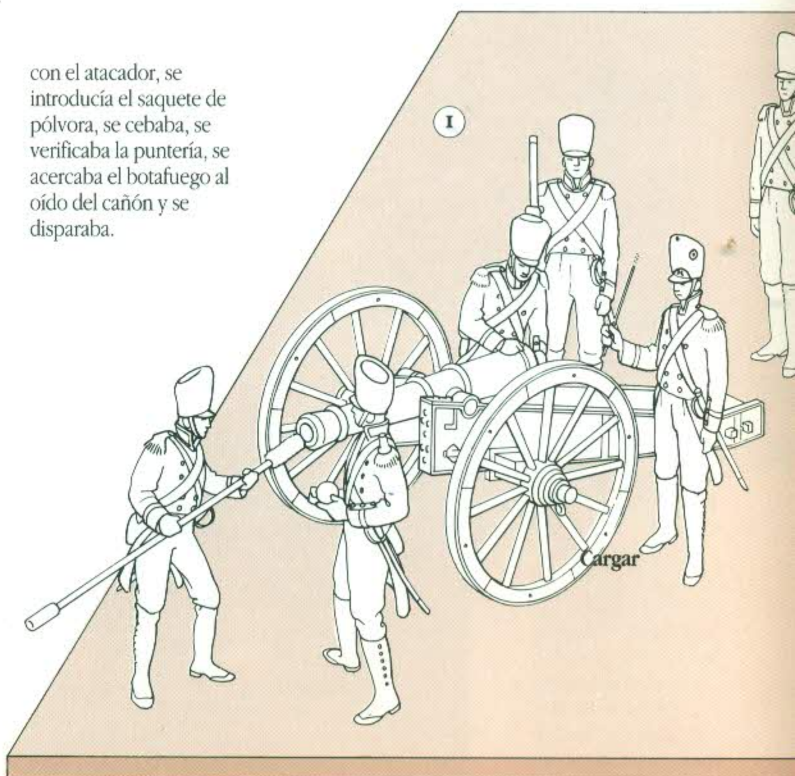
Esta última, que se creó en París en julio de 1806, agrupó a varios estados alemanes durante siete años. La confederación estuvo inspirada por Napoleón quien, ante la inviabilidad de un asalto directo a Gran Bretaña, se decidió por ejercer el bloqueo continental: ello obligaba a crear un imperio europeo francés en detrimento del alemán. La confederación del Rin fue, en manos de Napoleón, un instrumento de penetración de la influencia francesa en Alemania. Al cabo de siete años, en octubre de 1813, la confederación se deshizo a raíz de la derrota francesa en Leipzig, pero hasta entonces había servido para sembrar entre los alemanes un renovado deseo de unidad nacional y les había aportado el conocimiento de las instituciones revolucionarias de la Francia napoleónica.

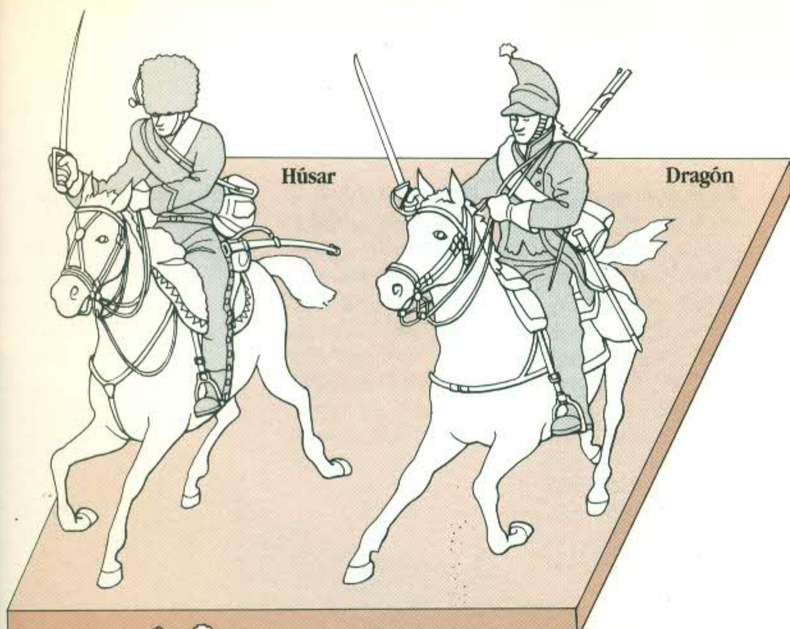


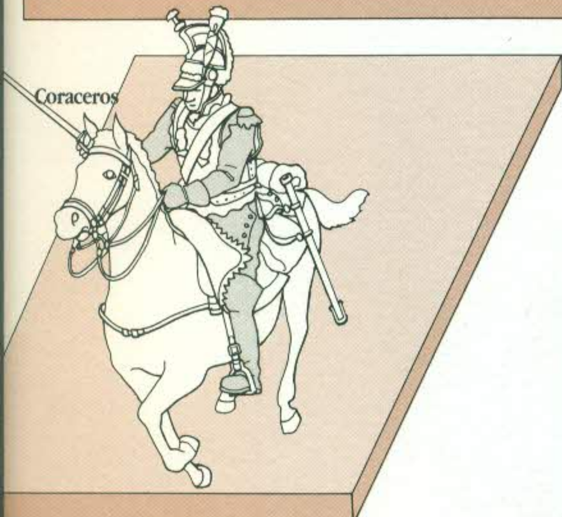
La batalla de Austerlitz

La pieza de a 4 era el cañón más ligero de la potente artillería francesa, de la que Napoleón, antiguo oficial de artillería, estaba especialmente orgulloso. Esta pieza de 85 mm de calibre, tenía una escuadra de seis artilleros.

Los servidores seguían un proceso exacto para cargar, apuntar y disparar. Por esas fechas los cañones no tenían sistemas de amortiguación y era necesario emplazarlos de nuevo en batería después de cada disparo mediante cuerdas. Inmediatamente, un servidor introducía una baqueta mojada en el ánima para apagar las partículas incandescentes dejadas por el último disparo. Después, se colocaba una nueva carga con el atacador, se introducía el saquete de pólvora, se cebaba, se verificaba la puntería, se acercaba el botafuego al oído del cañón y se disparaba.





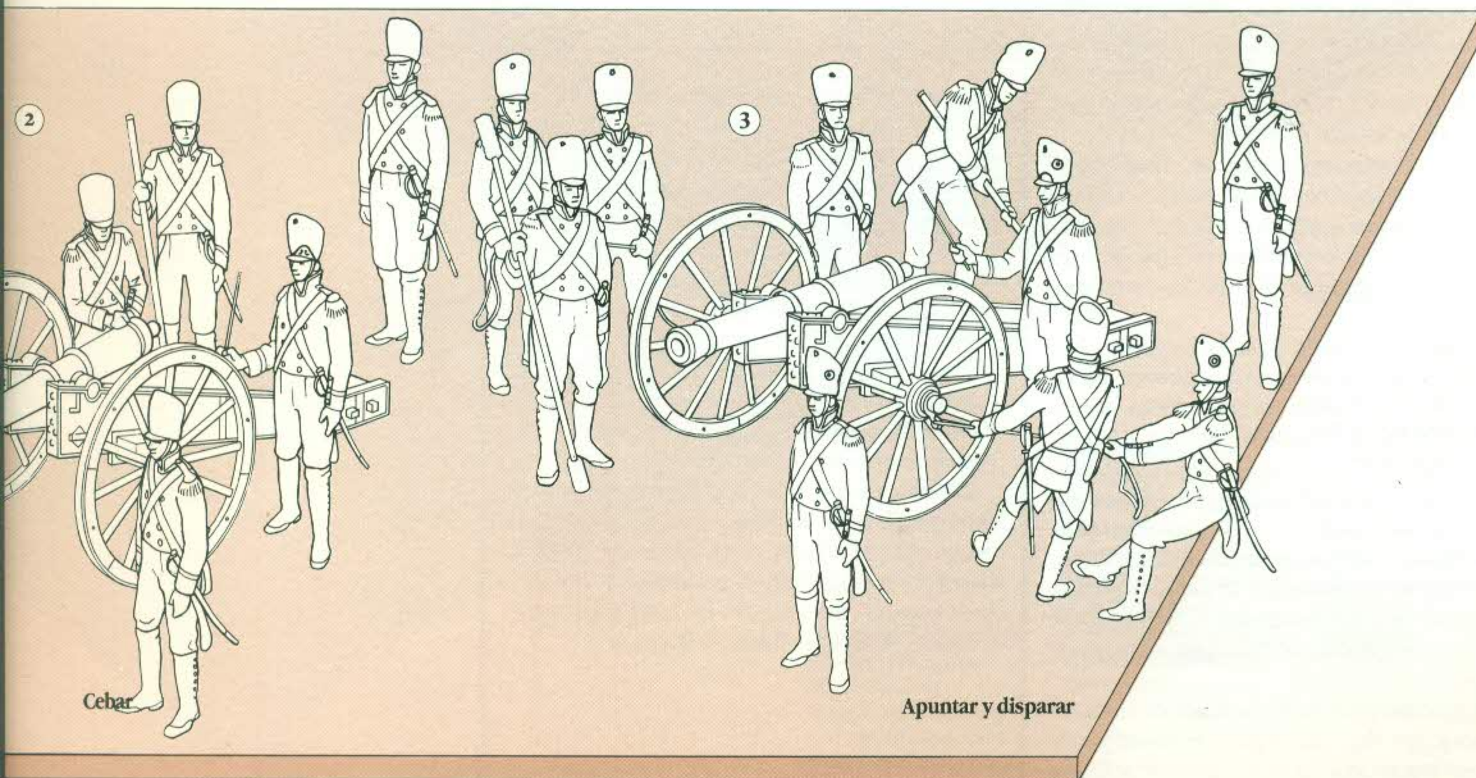


La caballería pesada de Napoleón, utilizada a menudo para cargar contra la infantería, estaba compuesta en gran parte por regimientos de coraceros. En campaña, los jinetes, como es evidente, debían renunciar a su espléndido uniforme de parada. Los dragones, caballería media, combatían a caballo o a pie. Éstos y, en algunas ocasiones, los húsares, estaban armados con carabinas, mientras que los coraceros sólo tenían pistolas. Todos los jinetes estaban provistos de sables. Como era habitual, el armamento era ligero y el sable, curvo, aunque la forma variaba según los regimientos.

Napoleón utilizaba sobre todo la caballería ligera, en particular los húsares, para las operaciones de exploración. En todos los grados, los escuadrones de elite llevaban el *colbac*. En los restantes escuadrones, los hombres llevan el chaco.

Austerlitz, la batalla más perfecta de Napoleón desde el punto de vista táctico, tuvo importantes consecuencias políticas a largo y corto plazo. Al día siguiente los austríacos pidieron el armisticio, mientras que los rusos regresaron a su país. El zar adoptó una actitud prudente tras su derrota y hasta la invasión de su país por Napoleón en 1812, siguió una política profrancesa. Todos los planes británicos quedaron reducidos a papel mojado y el último aliado de Inglaterra, Prusia, fue aniquilado al año siguiente en la batalla de Jena.

A despecho de sus grandes victorias, Napoleón y su imperio estaban condenados, pues las victorias estimulaban el resentimiento y exigían nuevas victorias. La única esperanza de Inglaterra era que Napoleón acabara por sobreestimar sus fuerzas. La invasión de España y Portugal de 1808 dio a los británicos la oportunidad de reclutar un gran ejército terrestre, apoyado desde el mar y dirigido por un soldado con un genio comparable al de Napoleón: Wellington, el «duque de hierro».



Waterloo/ *18 de junio de 1815*

La batalla de Waterloo, de la que Napoleón había dicho que sería una «merienda campestre», se convirtió en una catástrofe para sus ambiciones dinásticas y para la elite del ejército francés.

Cuatro meses antes, el que había sido dueño de Europa Occidental escapó de la isla de Elba. Al conocer su regreso, los Aliados, reunidos en el Congreso de Viena, lo declararon fuera de la ley y se coaligaron para aplastarlo.

En la primavera de 1815 se reunieron en Bélgica dos grandes ejércitos. Desde su cuartel general en Bruselas, el duque de Wellington mandaba fuerzas británicas, holandesas y belgas, así como de Hannover y Bruswick, en total, unos 83.000 hombres, que Wellington calificaba como un «ejército con mala reputación». En Lieja, Blücher, un mariscal de 72 años, reunía 113.000 hombres.

Tras destacar elementos suficientes para defender sus otras fronteras, el Emperador se apresuró a concentrar 124.000 hombres en el norte. Por tanto, disponía de un número dos veces inferior de soldados que sus adversarios, pero esta desventaja era menos grave de lo que podía parecer, ya que la mayor parte de ellos eran veteranos del antiguo *Grande Armée*.

Napoleón, dando pruebas de su acostumbrada audacia, decidió tomar la iniciativa y golpear el primero, con el fin de abrir un hueco entre las fuerzas de Wellington y Blücher y deshacerse de uno y después del otro. Antes de que los Aliados tuvieran tiempo de darse cuenta de lo que pasaba, los franceses entraron en Bélgica el 15 de junio, vadearon el río Sambre por Charleroi y marcharon sobre Bruselas, a una distancia de 65 km.

Inmediatamente Blücher envió tres cuerpos de ejército a Ligny, 15 km al nordeste de Charleroi, pero tardó mucho tiempo en avisar a Wellington de su movimiento. Éste concentró sus fuerzas en la región de Mont-Saint-Jean y de Nivelles, a medio camino en la ruta que iba de Bruselas a Charleroi.

Desde el momento en que los prusianos se desplegaron en Ligny, Napoleón decidió dividir su ejército, táctica contra la que siempre había puesto en guardia a sus mariscales. Tomó 63.000 hombres para ocuparse de Blücher, mientras que Ney marchaba sobre Bruselas.

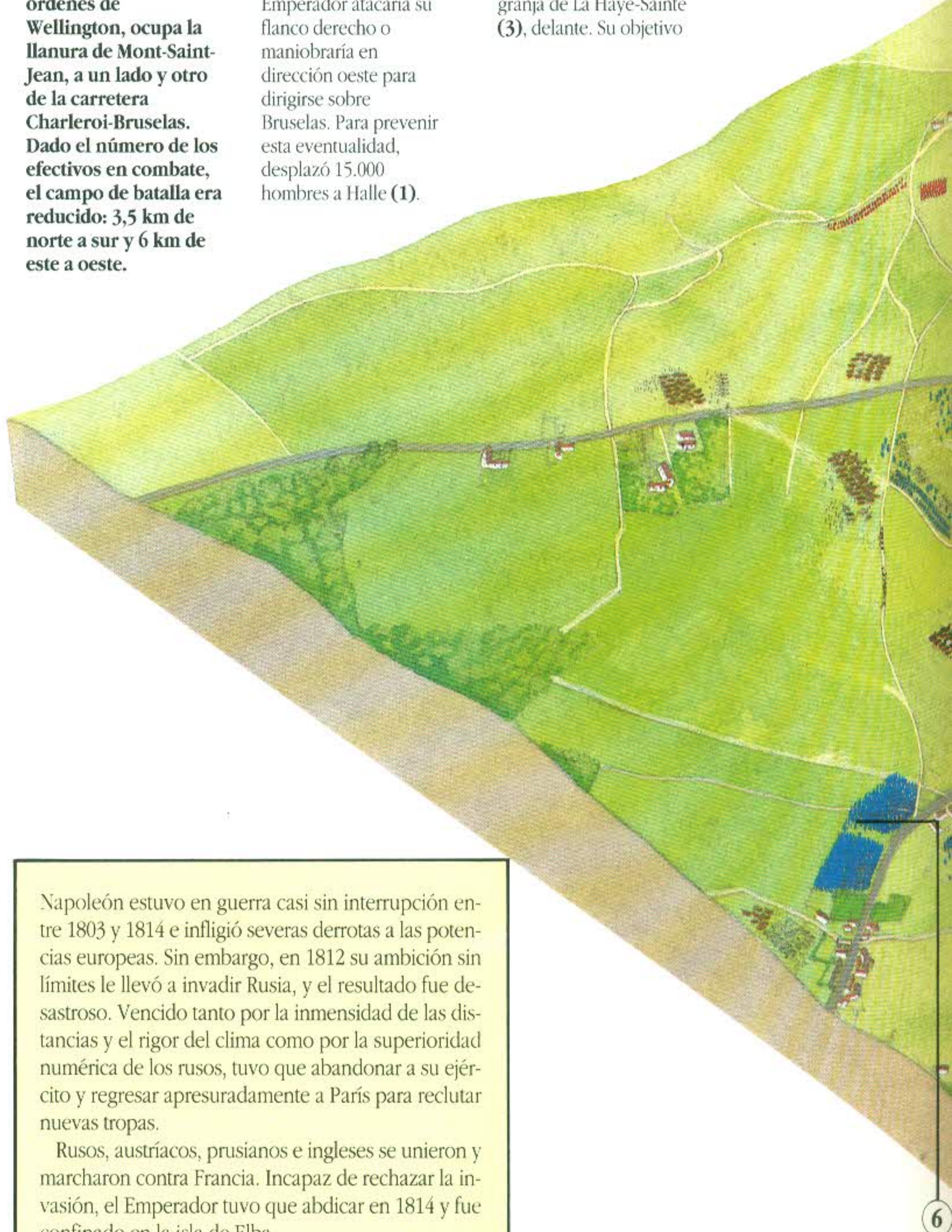
El 16 de junio Napoleón rechazó a los prusianos en Ligny. Al día siguiente, cometió el primero de una serie de errores. Al suponer, sin razón alguna, que los prusianos retrocedían al este en dirección al Rin, ordenó al mariscal Grouchy que tomara 30.000 hombres para perseguirlos, de forma que redujo aún más su ejército. Sólo contaba, pues, con una cuarta parte de sus efectivos. Al día siguiente, Grouchy comía fresas delante de una posada, a 25 km de Waterloo, cuando oyó los primeros cañonazos. Al creer que se trataba de una tormenta, no hizo nada por acercarse al lugar.

El Emperador y el resto de sus tropas victoriosas se reunieron con Ney, que llegaba de un sangriento combate librado en el cruce de carreteras de Quatre Bras el 16 de junio. Ney pensaba que todo el ejército

El campo de batalla a las 11,30 horas del día 18 de junio, visto desde las posiciones francesas: el ejército angloholandés, a las órdenes de Wellington, ocupa la llanura de Mont-Saint-Jean, a un lado y otro de la carretera Charleroi-Bruselas. Dado el número de los efectivos en combate, el campo de batalla era reducido: 3,5 km de norte a sur y 6 km de este a oeste.

Wellington ignoraba que Napoleón creía que los prusianos se habían batido en retirada. Por tanto, supuso que el Emperador atacaría su flanco derecho o maniobraría en dirección oeste para dirigirse sobre Bruselas. Para prevenir esta eventualidad, desplazó 15.000 hombres a Halle **(1)**.

Wellington ordenó fortificar varios edificios en vanguardia de sus líneas, sobre todo el castillo de Hougomount **(2)**, a su derecha, y la granja de La Haye-Sainte **(3)**, delante. Su objetivo era debilitar los ataques franceses contra su línea principal mediante fuego en andanadas.



Napoleón estuvo en guerra casi sin interrupción entre 1803 y 1814 e infligió severas derrotas a las potencias europeas. Sin embargo, en 1812 su ambición sin límites le llevó a invadir Rusia, y el resultado fue desastroso. Vencido tanto por la inmensidad de las distancias y el rigor del clima como por la superioridad numérica de los rusos, tuvo que abandonar a su ejército y regresar apresuradamente a París para reclutar nuevas tropas.

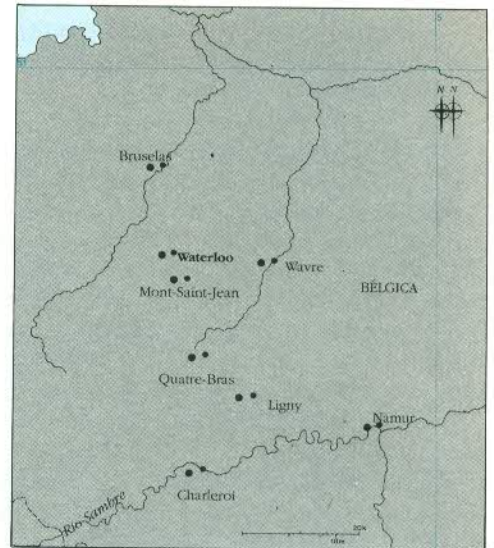
Rusos, austríacos, prusianos e ingleses se unieron y marcharon contra Francia. Incapaz de rechazar la invasión, el Emperador tuvo que abdicar en 1814 y fue confinado en la isla de Elba.

Más tarde, escapó de la isla, el 15 de marzo de 1815 desembarcó cerca de Niza y marchó sobre París, donde hizo su entrada el día 20. Reunió 124.000 hombres y se dirigió hacia el nordeste para apoderarse de Bruselas, pero entre él y la capital belga se encontraban Wellington, Blücher y Waterloo.

Antes de atacar, Napoleón esperó hasta mediados de la mañana con objeto de que el suelo estuviera más seco para la caballería. Como había previsto Wellington, sus primeros objetivos fueron los edificios fortificados en vanguardia. A las 11,30 horas, el Emperador lanzó el 2.º Cuerpo de Reille **(4)** contra Hougoumont con la idea de atraer a la zona algunas tropas del centro británico.

Magnífico experto en tácticas defensivas, Wellington no cayó en la trampa. Trasladó el menor número posible de refuerzos para sostener la posición de Hougoumont **(2)**, cuyos defensores mantuvieron ocupada a buena parte del flanco izquierdo francés. A pesar de su inferioridad numérica, los británicos retuvieron Hougoumont durante toda la batalla.

Waterloo se encuentra al sureste de Bruselas. Éste es el nombre con que se conoce la batalla porque fue en este lugar donde Wellington realizó el anuncio oficial de la victoria, pero los combates se desarrollaron más al sur, en Mont-Saint-Jean, una llanura que se extiende de este a oeste y que es atravesada por la carretera Charleroi-Bruselas.



Napoleón (6) se situó en principio tras su flanco derecho, con las unidades de la Guardia, que mantuvo en reserva hasta el final de la batalla.

Allí se emplazaron 80 cañones franceses **(5)**. Al iniciarse la batalla, los bombardeos se mostraron inofensivos, pues Wellington ordenó a sus tropas ponerse a cubierto tras el terraplén. La artillería abrió fuego a las 11,30 para apoyar el ataque del príncipe Jerónimo contra Hougoumont.

Al contrario que Hougoumont, La Haye-Sainte **(3)** terminó por caer en manos de los franceses y dejó el centro británico expuesto al enemigo de forma temporal. Pero en ese momento los prusianos atacaron el flanco derecho de Napoleón y el peligro para las líneas británicas desapareció rápidamente.

angloholandés defendía este estratégico punto aunque, en realidad, sólo se trataba de una vanguardia de 30.000 hombres que le cortaba el camino.

Por otro lado, Wellington, convencido de que Blücher había vencido en Ligny, tuvo la desagradable sorpresa de recibir un segundo mensaje prusiano, transmitido con retraso, que le informaba que el viejo mariscal se había atrincherado en Wavre, a algunos kilómetros al sur de Bruselas. Al situarse los prusianos detrás de él, al nordeste, Wellington ordenó un repliegue inmediato sobre una posición defensiva que había reconocido con anterioridad, en Mont-Saint-Jean, cerca de Waterloo y a sólo 20 km de Wavre. Allí esperó la llegada de dos cuerpos de Blücher, prometidos para el día siguiente.

Hábilmente ocultos tras una cortina de caballería y de artillería montada, y ayudados también por una lluvia torrencial, los regimientos de Wellington rompieron el contacto con Ney y se retiraron ordenadamente. Durante esta tormentosa noche, sus desafortunados soldados permanecieron en posición sobre un frente de 4 km que se extendía de este a oeste de un lado a otro de la carretera Bruselas-Charleroi. Se encontraba sobre una estrecha llanura cubierta de campos de centeno y próxima al bosque de Soignes. A fin de proteger un sector vulnerable de sus líneas en su flanco derecho, Wellington tomó la decisión poco ortodoxa de ocupar el castillo de Hougoumont, 400 m delante de su línea principal, así como las granjas de La Haye-Sainte, en el centro, y de Papelotte, a su izquierda.

Convencido de que el Emperador no se expondría a un ataque de flanco por parte de los prusianos procedentes de Wavre, Wellington pensó que el enemigo atacaría sobre su derecha a menos que se dirigiera al oeste para marchar sobre Bruselas. Para contener esta última eventualidad, el comandante en jefe aliado envió a Halle 15.000 hombres, que ocuparon la carretera de Mons a Bruselas. Pero estas suposiciones no estaban fundadas.

Napoleón y sus soldados, empapados y embarrados, se encontraban aproximadamente a un kilómetro en dirección sur, hacia la Belle-Alliance, e ignoraban que los prusianos se habían situado muy cerca de su flanco derecho. El domingo 18 de junio, al amanecer, cesó la lluvia y el Emperador preveía dos ataques de diversión sobre los flancos del enemigo, seguidos por una potente carga en su centro. La presencia de Wellington y de un importante ejército inglés delante de ellos intranquilizaba de alguna manera a los generales franceses que habían combatido contra ellos en España. Irritado por sus temores, Napoleón dijo a Soult, su jefe de estado mayor: «Os digo que Wellington es un mal general, que los ingleses son malos soldados y que la batalla será una merienda campestre.»

El ejército francés recibió la orden de batalla a las 11,00. Media hora más tarde, los primeros cañonazos retumbaron para apoyar el ataque de la división del príncipe Jerónimo, que montaba un ataque de diversión contra Hougoumont. Los infantes holandeses retrocedieron hacia los bosques y huer-



El duque de Wellington (1769-1852) comandante en jefe del ejército angloholandés, era muy conocido por su carácter flemático, cualidad que debía serle muy útil en ese día del 18 de junio. Cuando supo que Napoleón había cruzado la frontera belga, asistía a un baile en el palacio de la duquesa de Richmond, en Bruselas. La sorpresa no le hizo perder su sangre fría. En el transcurso de la batalla, su indiferencia ante el peligro fue muy notable. Los oficiales de su estado mayor se inquietaron en numerosas ocasiones por la seguridad de este jefe irremplazable. Demostró su intrepidez y su absoluto interés por el movimiento de sus tropas y del ejército de su adversario.



Gebhard von Blücher (1742-1819), el comandante prusiano, era un hombre afable que llamaba a sus hombres con el apelativo de «mis hijos», mientras que Napoleón se esforzaba por mantener las distancias y Wellington mostraba una total indiferencia. Blücher tenía 72 años. En Ligny quedó aprisionado bajo su caballo, que había sido derribado y, postrado, dejó pasar dos cargas de coraceros. Pero en Waterloo permaneció montado en su silla hasta la victoria. Era un hombre de palabra y, aunque dolorosamente magullado por su caída, cumplió su promesa de reunirse con Wellington y selló el destino de Napoleón.



Napoleón Bonaparte (1769-1821) y Wellington tenían 46 años en Waterloo, pero si el segundo todavía se mantenía delgado y ágil, el Emperador estaba demasiado grueso y sufría accesos de letargo. El 18 de junio no se encontraba bien, cosa que todo el mundo ignoraba a excepción de su médico, su criado y su hermano, el príncipe Jerónimo, que le relevó en seguida. El Emperador sufría seguramente un fuerte ataque de hemorroides y probablemente una cistitis. Además, su estancia en el exilio, y sobre todo, la gran actividad desde su regreso a Francia, le habían agotado. Estos males explican en parte los numerosos errores que cometió durante la campaña, errores en los que seguramente no hubiera caído algunos años antes.

Aliados
Franceses

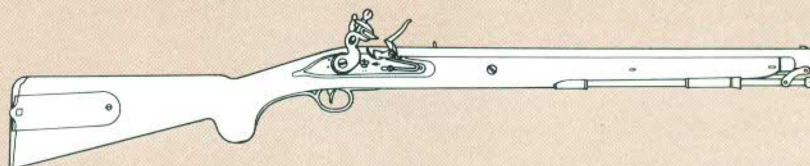
Napoleón proyectaba desorganizar el centro aliado por la acción de su artillería y después abrir brechas con su infantería. Entre las 13,00 y 13,30 horas, los cañones franceses abrieron una vía de ataque para el cuerpo de Drouet d'Erlon. El fuego ya había comenzado cuando un contingente numeroso de tropas apareció por el este. Primero se creyó que era Grouchy, pero luego se comprobaría que se trataba de los prusianos a las órdenes de Bülow **(1)**.

El ataque de Drouet d'Erlon (2) comenzó a las 13,30 horas pero pronto se encontró en dificultades, pues las filas estaban tan cerradas que los hombres no podían desplegarse en las cercanías del enemigo. Fueron rechazados por los fusileros de la división de Picton.

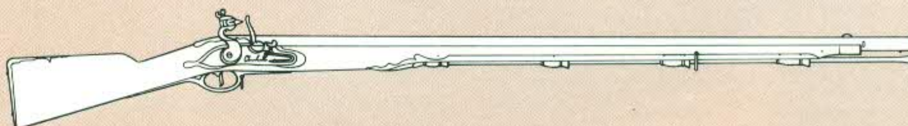
Drouet d'Erlon estaba en pleno combate y Napoleón tuvo que ordenar al 4.° Cuerpo de reserva de Lobau **(3)** desplazarse hacia la derecha para contener a los prusianos.

Blücher y el grueso del ejército prusiano **(4)** seguían a Bülow.

El fusil Baker, ampliamente utilizado entre 1800 y 1840, fue uno de los primeros del ejército británico. Estaba equipado con sable-bayoneta desmontable que se fijaba a un lado del cañón.



El fusil Charleville, en servicio en el ejército francés, disparaba una bala de 19 mm y era muy eficaz, aunque bastante impreciso, incluso a corta distancia. Charleville era una importante fábrica de armas desde el siglo XVII.



tos de los alrededores, pero el ataque se estrelló contra los muros que defendían sólo cuatro compañías ligeras de la brigada de la Guardia. Acogidos con un fuego de fusilería desde la barbacana, los franceses realizaron varios intentos más con ayuda de refuerzos. Finalmente, casi todo el cuerpo de Reille se encontraba en pleno combate contra Hougoumont.

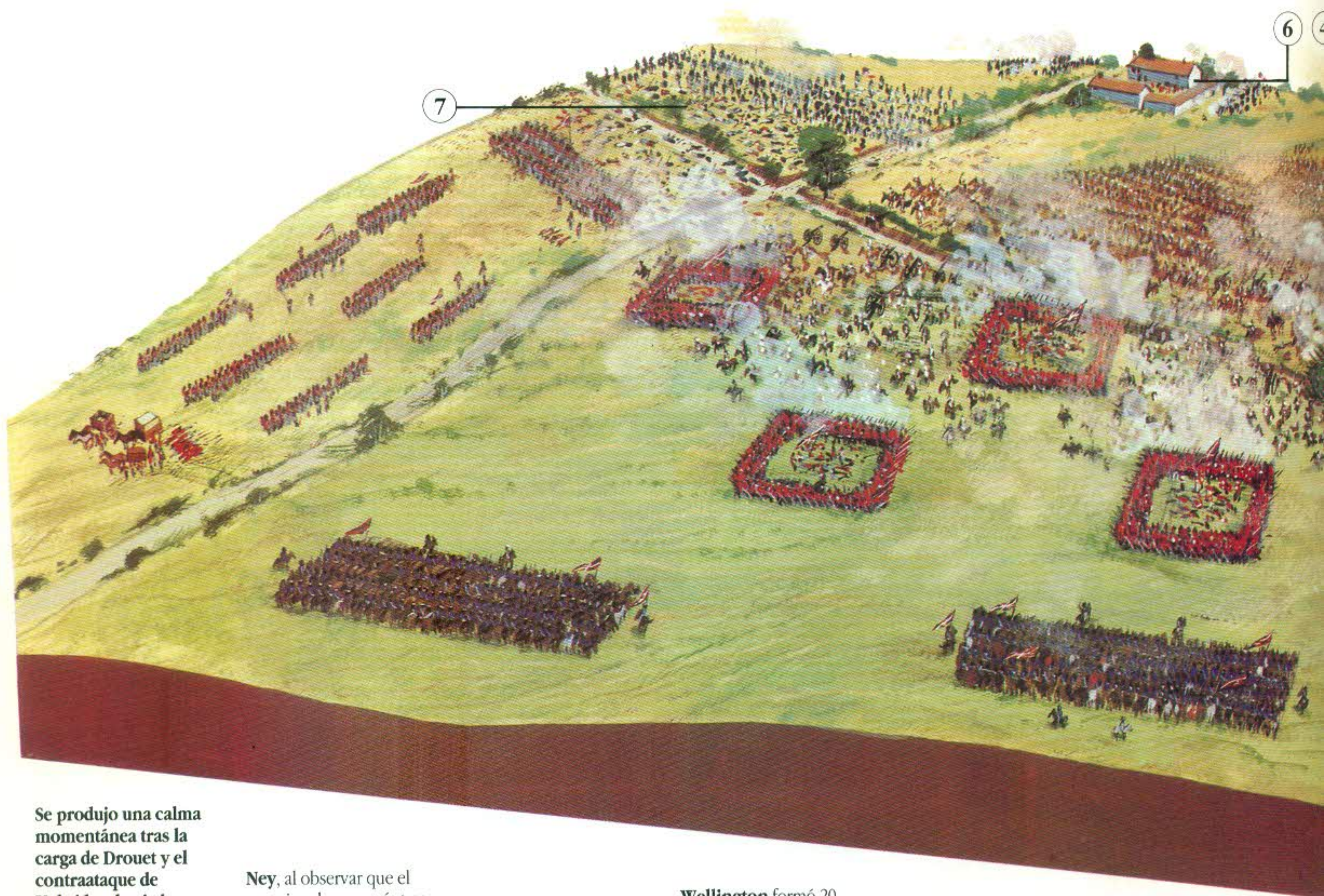
Wellington creyó en principio que era el asalto previsto contra su ala derecha, pero al advertir que la masa francesa permanecía inmóvil delante de él en el centro, resistió la tentación de enviar refuerzos de importancia a los valientes defensores de Hougoumont. Su prudencia fue recompensada. A pesar de que el castillo fue escenario de encarnizados combates durante todo el día, sus defensores resistieron y Wellington pudo emplear sus valiosas fuerzas de reserva en otras partes.

Napoleón había previsto enseguida una preparación artillera antes del asalto principal y ordenó el envío de 80 cañones. Pero antes de iniciarse el tiro, él mismo fue atacado. Desde lo alto de una colina, cerca de Rossomme, observó a lo lejos una columna de 10 km de longitud que llegaba desde el nordeste. ¿Se trataba de Grouchy? No, eran los prusianos. Cuatro divisiones partieron a paso de carga de forma inmediata para hacer frente a esta amenaza inesperada.

Los cañones en batería, de los que 24 eran piezas de a 12, las bocas de fuego de mayor calibre existentes en aquella época, comenzaron a bombardear el terraplén de Mont-Saint-Jean, pero no causaron grandes daños. Wellington había hecho que sus hombres pasaran por detrás de la cresta, lejos del alcance de los cañones.

A la 1,30 horas, los tambores franceses batieron en señal de carga y cuatro divisiones de infantería avanzaron, 16.000 bayonetas brillantes al sol. Ascendieron por la pendiente en filas cerradas bajo el fuego terrible de la artillería, que disparaba a quemarropa. Papelotte cayó, La Haye-Sainte fue rodeada y los coraceros franceses aplastaron allí al batallón *Landwehr* de Lunebourg, que había acudido en socorro de los defensores de la granja. En el centro, una unidad belga rompió las filas, presa del pánico, pero antes de que los franceses tuvieran tiempo de profundizar en la brecha, el general sir Thomas Picton les opuso una brigada de veteranos de la guerra de España. La brecha siguió abierta pero la defensa resistió el ataque.

Mientras que Napoleón y su estado mayor se felicitaban por lo que ellos creían un avance en su posición en el centro del terraplén, Wellington observaba el desorden que cundía entre las filas fran-

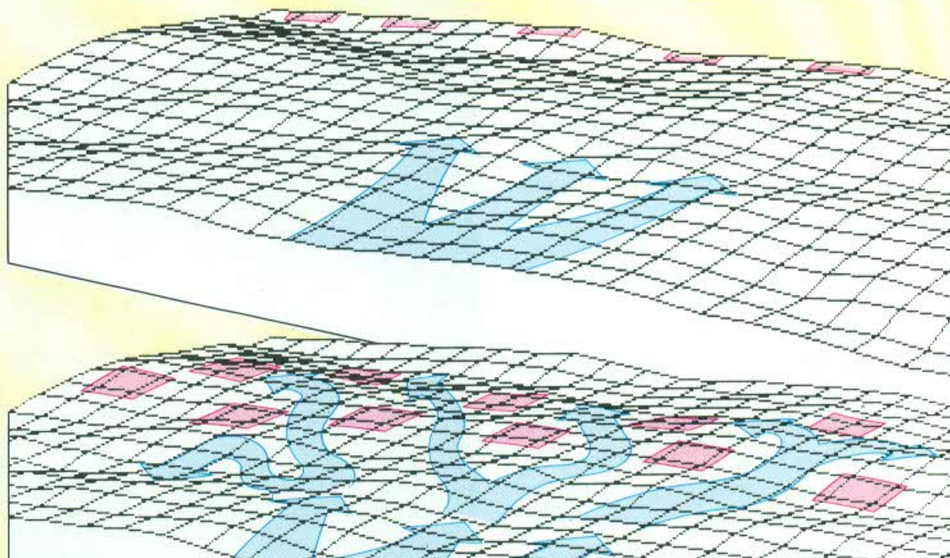


Se produjo una calma momentánea tras la carga de Drouet y el contraataque de Uxbridge. hacia las 15,00 horas, la artillería francesa abrió fuego de nuevo. El frente de 500 m visto aquí desde las posiciones aliadas.

Ney, al observar que el enemigo desaparecía tras el terraplén, creyó que se trataba de un repliegue y ordenó una carga de 5.000 jinetes **(1)**, sin apoyo de artillería ni de la infantería. Ante los cuadros formados por la infantería, los jinetes se desviaron hacia los lados de los mismos. Las siguientes cargas tuvieron el mismo final.

Wellington formó 20 cuadros de infantería con un espacio vacío en su interior **(2)** y gruesos lados formados por tres filas. La primera de ellas se arrodillaba para formar una hilera de bayonetas y las otras dos disparaban. Esta disposición presentaba otras dos ventajas: las brechas abiertas en las filas podían cubrirse con rapidez y las cargas de la caballería fracasaban, pues los caballos evitan afrontar cualquier bloque compacto.

En diversos momentos de la batalla Wellington protegió a sus hombres al ordenarles cuerpo a tierra tras la cima de Mont-Saint-Jean. Al creer que se retiraban, la caballería francesa se preparó para cargar. Wellington, al observar que los escuadrones de Ney formaban en masa, no creyó que fueran a atacar sin apoyo de la artillería o de la infantería. Cuando vio que, a pesar de ello, éste era el caso, hizo formar los cuadros y cuando los franceses llegaron al terraplén se encontraron delante 20 cuadros de infantería constituidos por tres filas de bayonetas. Algunos jinetes se detuvieron, pero fueron impulsados hacia adelante por los que venían atrás; otros siguieron sobre sus desbocados caballos. Luego, al regresar en pleno desorden, se convertían en fáciles presas para la infantería inglesa.



Wellington (3), montado en su alazán *Copenhague*, se situó en el interior de un cuadro.

La batería de Mercer (4) estuvo en acción durante todas las cargas francesas, lo que animaba a los soldados.

Hougoumont (5) resistió los violentos ataques franceses. Los defensores de La Haye-Sainte **(6)** habían sufrido con anterioridad los asaltos del enemigo.

Durante las cargas de caballería, los artilleros y sus caballos se refugiaban en el centro de los cuadros. Abandonaban sus cañones en la posición, a veces a una distancia de 100 m por delante, y volvían a servirlos una vez finalizada la carga.

5

2

La infantería francesa, en mal estado tras las acciones precedentes, se dispersó. Los muertos y heridos cubrían el suelo entre las líneas **(7)**.

cesas durante su heroico asalto. En el momento elegido, lanzó sus dos brigadas de caballería pesada en un contraataque.

A la cabeza de la carga se encontraba la *Household Cavalry* al mando de lord Uxbridge. Penetraron en las filas de los coraceros, que intentaban reagruparse tras su acción en La Haye-Sainte, y después cayeron sobre la infantería.

Tras ellos acudió la *Union Brigade* de Ponsonby, llamada así porque comprendía los *Scots Grey*, los *Inniskilling* y los Dragones del Rey. Como los *Grey* atravesaran las filas de Picton, los *Gordon Highlander* del 92.º Regimiento se unieron a la carga al grito de *¡Scotland for ever!*

Una especie de borrachera se apoderó de la caballería lanzada sobre los franceses. Las divisiones, impecablemente dispuestas, de Marcognet y Donzelot fueron desordenadas, pero la carga siguió adelante. Sordos a todas las llamadas para que se reagruparan, los jinetes ingleses penetraron en los emplazamientos de las baterías y en pleno centro de las posiciones francesas. Desalentada, en un desorden completo y agotados los caballos, la caballería pesada de Wellington acabó por ser rodeada y hecha pedazos.

Ya era mediodía y, salvo en el infierno de Hougoumont, los combates cuerpo a cuerpo perdían intensidad. Sin embargo, bruscamente comenzó de nuevo el tronar de los cañones franceses. Las pérdidas aumentaron de forma alarmante y Wellington dio orden a sus tropas de replegarse al abrigo de la colina de Mont-Saint-Jean. Al ver que los ingleses se retiraban, Ney, al que Napoleón imprudentemente había confiado la dirección de las operaciones, lanzó una acción temeraria para forzar la decisión. En lugar de esperar a que su dispersa infantería se reagrupara, envió 5.000 hombres de la caballería pesada al asalto del terraplén. Wellington, estupefacto de que se realizara un ataque sin el apoyo de infantería ni de artillería, formó batallones en cuadro escalonados en el flanco del collado.

Al llegar al terraplén de Mont-Saint-Jean, los resplandecientes escuadrones franceses descubrieron un espectáculo impresionante: 20 cuadros, cada uno rodeado por una fila de bayonetas sostenidas firmemente por la primera línea de hombres de rodillas, apoyados por otras dos filas de pie, en posición de tiro. La caballería se dirigió contra las baterías inglesas, que hicieron estragos en sus filas y después los artilleros corrieron a refugiarse en el centro de los cuadros de la infantería.

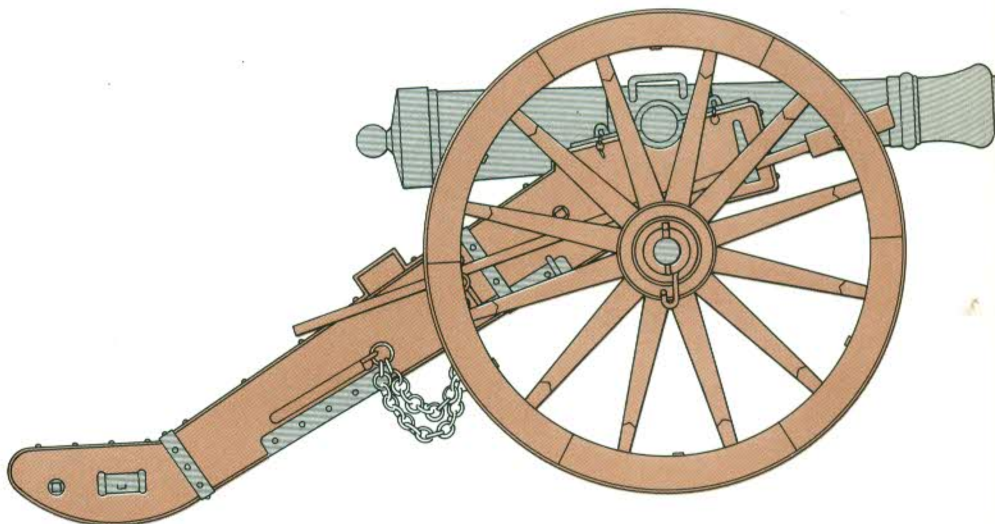
Los jinetes, al salir del torbellino de humo, se lanzaron contra los cuadros una vez tras otra, y siempre fueron rechazados por mortales descargas de fusilería.

Mientras los ingleses sufrían el choque del ataque principal, por fin llegaron los prusianos, y Napoleón se vio obligado a enviar refuerzos a las cuatro divisiones encargadas de retrasar su avance.

El frescor de la tarde sustituía al calor del mediodía y la agotada caballería francesa, ahora reducida, comenzaba a alejarse de los cuadros, que permanecían



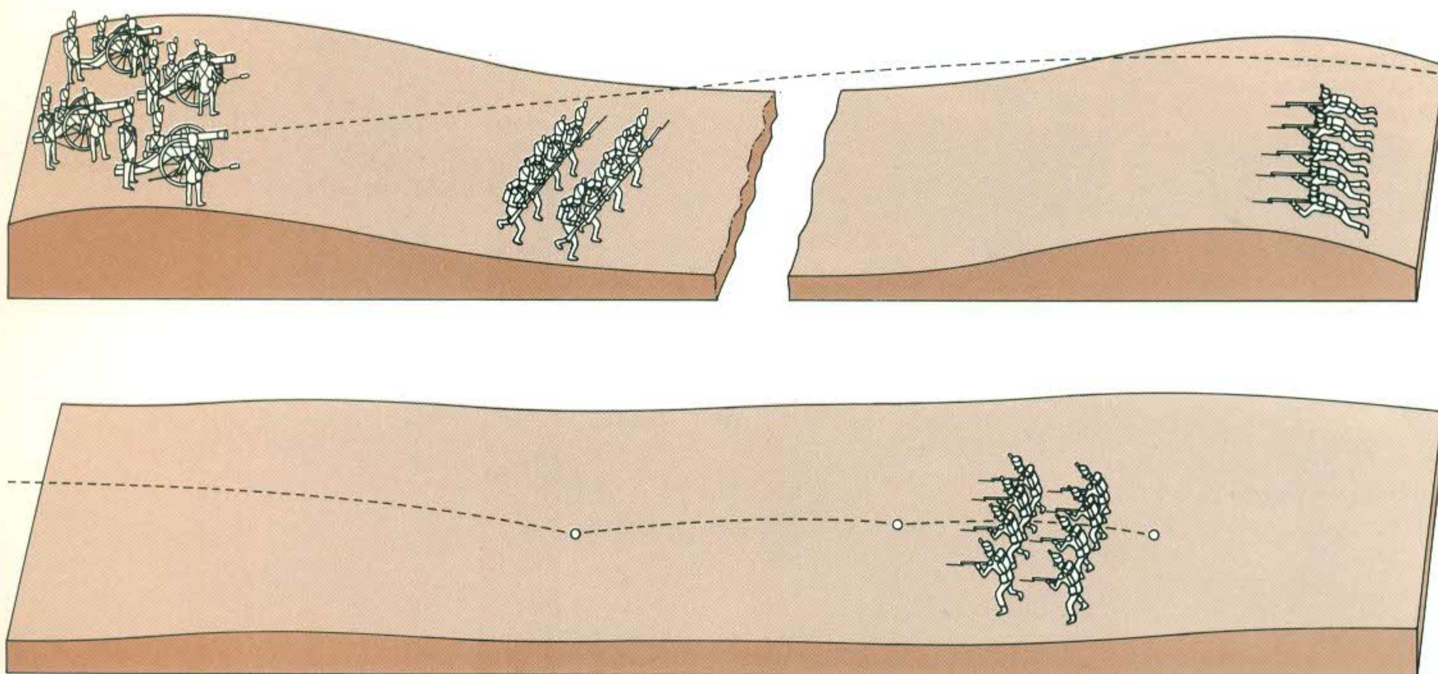
El castillo de Hougoumont (arriba) fue defendido con barricadas y obstáculos por los británicos. El conjunto comprendía una granja con graneros, establos y depósitos. Todas las puertas que daban al patio estaban cerradas salvo la de la entrada principal, orientada hacia el norte, que permanecía abierta para permitir la entrada de las municiones. Todo ello estaba flanqueado por huertos, de un lado, y por bosque, de otro. Los combates cuerpo a cuerpo fueron tan encarnizados que los británicos fueron sorprendidos por los franceses cuando éstos se aproximaron en silencio a través de los huertos y se lanzaron al interior por la puerta que permanecía abierta. Un centenar de ellos lograron entrar, pero el coronel Macdonnel y algunos hombres consiguieron cerrar la puerta detrás de los franceses, que murieron en su totalidad. Si Hougoumont hubiera caído, el resultado de la batalla podría haber sido diferente.



Napoleón tenía 24 piezas de a 12 entre sus 80 cañones. Eran menos manejables que los utilizados por la artillería aliada, más ligeros, y los franceses cometieron un error al emplazarlos en batería sobre el mojado suelo. Cada pieza tenía tres armones para el transporte de la munición. Los armones se colocaron unos 25 m detrás de las piezas y contenían 48 balas macizas (el proyectil más corriente en la época) y 20 botes de metralla (12 grandes y 8 pequeños). Además, en el avantrén había otras 9 balas, de forma que cada pieza disponía de 213 proyectiles.

Aliados
Franceses

Poco después de las 13,00 horas Napoleón comprendió que las tropas que se aproximaban por el este eran los prusianos **(1)** y que no se trataba de Grouchy como él había supuesto. Por ello, se vio obligado a enviar de forma inmediata a Lobau con sus cuatro divisiones **(2)** para cubrir su flanco derecho. También comprendió que antes de la llegada de los prusianos tenía tres horas para derrotar a Wellington, que se encontraba delante de él **(3)**.
Más tarde, al avanzar la tarde, se vio obligado a desplazar otras unidades **(4)** para contener a los prusianos. Hacia las 18,30 horas, éstos eran ya tan numerosos que existía el peligro de embolsamiento de su ejército



Existían tres grandes tipos de proyectiles: los botes de metralla, las balas y los rompedores; estos últimos sólo podían ser disparados por los obuses.

Para ser eficaz, la bala debía ser rápida. Por ello era frecuente emplearla con piezas de caña larga, que le aseguraban una gran velocidad.

El bote de metralla, que consistía en un cilindro cargado con bolas metálicas, sólo se utilizaba a corta distancia. El cilindro se rompía y diseminaba las bolas.

Era esencial que la posición de las tropas en combate fuera correcta, pues el ángulo de elevación debía calcularse de forma que los proyectiles pasaran por encima de sus cabezas.

Las balas se disparaban en trayectoria casi paralela al suelo para diezmar las filas enemigas. Las balas de hierro perdían velocidad después de rebotar una o dos veces en el suelo pero, incluso aunque fuera tan lenta que pudiera ser vista, todavía podía decapitar a un hombre.

intactos. En ese momento, Napoleón decidió reanudar el asalto con sus reservas de caballería para intentar destrozar a Wellington antes de que Blücher llegara con refuerzos. Una vez más, los valientes jinetes franceses se lanzaron al infierno de Mont-Saint-Jean, pero fueron rechazados por un nutrido fuego. Finalmente, al comprender que nada podía hacer sin el apoyo de la infantería, Ney se retiró e intentó reunir todo lo que pudo encontrar de infantería y artillería. Algunos cuadros ingleses comenzaron a vacilar, La Haye-Sainte estaba a punto de caer y la brigada de Ompteda de la Legión alemana, que avanzaba en su ayuda, fue eliminada poco después. Ahora había una brecha en las líneas inglesas.

Mientras Wellington transfería unidades de su derecha y su izquierda hacia el centro, Ney pedía a Napoleón refuerzos de infantería para explotar su éxito. Pero el Emperador, absorbido por sus esfuerzos para evitar el cerco por las fuerzas prusianas, cada vez más considerables, no envió ninguna ayuda a Ney. En seguida, Napoleón cambió de idea, pero ya era demasiado tarde. Anochecía cuando el Emperador, seguro tras su ala derecha, regresó una vez más hacia el norte para intentar por última vez aplastar a las fuerzas angloholandesas. Este nuevo ataque frontal correría a cargo de la Guardia Imperial, cuyos asaltos no habían fracasado jamás.

Únicamente quedaron en reserva algunos batallones de la Vieja Guardia.

Wellington, apoyado ahora por el cuerpo de Ziethen en su flanco izquierdo, dispuso sus fuerzas para el asalto, que preveía muy violento, entre Hougoumont y La Haye-Sainte. Su primera línea, formada por cuatro filas, aguantó como pudo un terrible fuego artillero y esperó el ataque. Estaba apoyada por la brigada de Maitland, tumbada en un campo de centeno para ocultarse al enemigo.

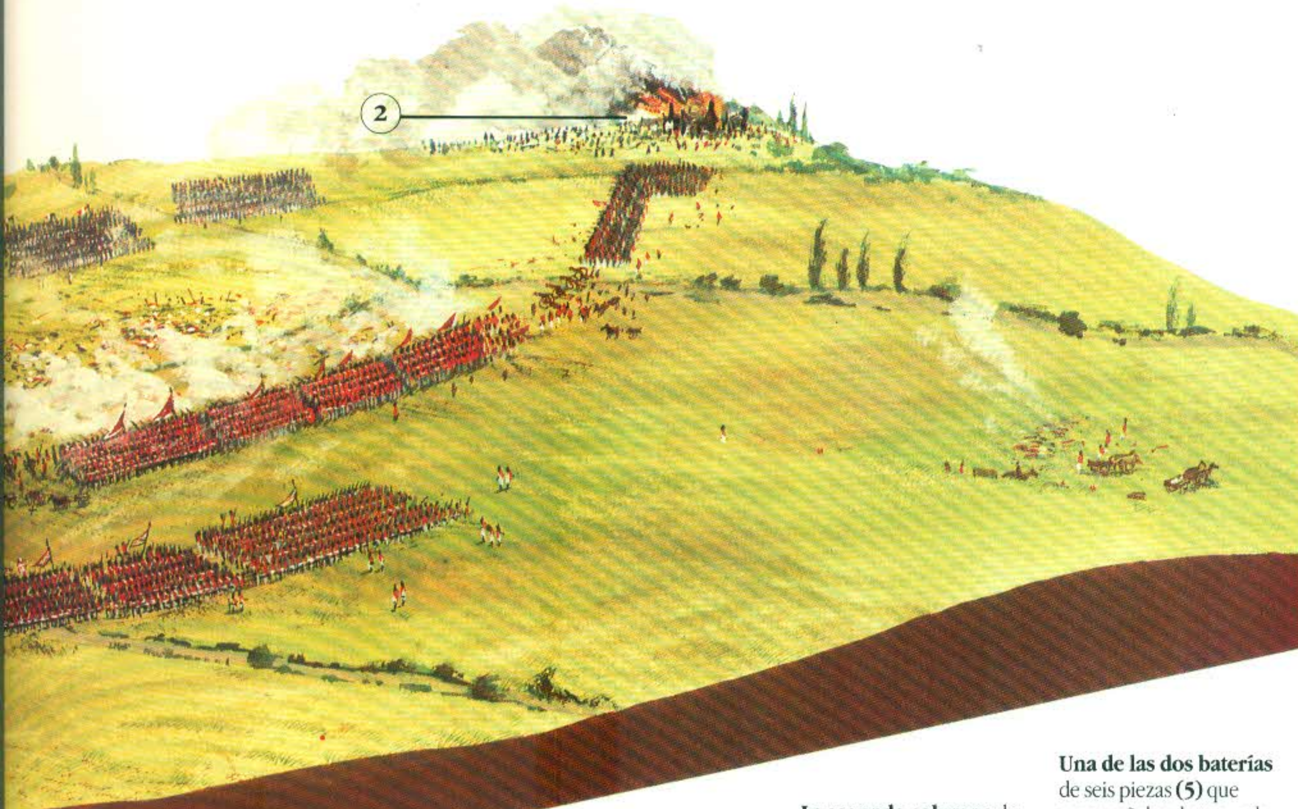
Al anochecer, la Guardia Imperial, con casaca azul, hombreras rojas y correajes blancos, fue dirigida por el propio Napoleón durante un corto trecho. Los hombres avanzaron como en un desfile y conservaron la superioridad hasta el momento en que fueron aplastados por los refuerzos Aliados, llegados a la escena del combate en el momento más crítico. Sólo dos regimientos franceses consiguieron alcanzar el



La caída de la tarde: las últimas fases de la batalla vistas desde las posiciones aliadas. A las 18,00, Ney envió su reserva de infantería al asalto de La Haye-Sainte, que no tardó en caer en sus manos. A partir de ese momento se podían emplazar baterías en vanguardia para bombardear el centro aliado. El momento era crítico para los británicos, pero Ney no obtuvo de Napoleón las reservas de infantería que le hubieran permitido aprovechar la situación. Esto dio tiempo a Wellington para desplazar algunas unidades desplegadas en su flanco izquierdo, sostenido ahora por los prusianos, a fin de reforzar su centro.

En la época de Waterloo, los uniformes tenían dos funciones, además de vestir a los hombres. Permitían a los soldados reconocer al enemigo y hacerles creer que eran más grandes y fuertes de lo que en realidad eran. Los cascos y gorros eran muy altos, lo que aumentaba la impresión de grandeza, y las hombreras ensanchaban la espalda. Todo ello era magnífico en los desfiles, pero la cosa cambiaba mucho sobre el campo de batalla. En Waterloo los soldados habían dormido con la misma vestimenta al menos durante tres días, a veces bajo la lluvia; estaban mojados, llenos de barro y, a medida que se desarrollaban los combates, manchados por la sangre de sus camaradas.





Hacia las 19,00 Napoleón hizo una última tentativa: mandó avanzar **(1)** y atacó en diagonal entre Hougoumont **(2)** y La Haye-Sainte **(3)** en el flanco derecho del centro británico.

Dos mil hombres de la Guardia se lanzaron sobre la meseta de Mont-Saint-Jean, se encontraron frente a frente con la brigada de Maitland **(4)** y fueron rechazados. La última tentativa de Napoleón para romper las líneas aliadas fue un fracaso.

Una de las dos baterías de seis piezas **(5)** que acompañaba el ataque de la Guardia Imperial. Su fuego a quemarropa, provocó graves pérdidas en las filas británicas.

La segunda columna de la Guardia **(6)**, compuesta también por 2.000 hombres, fue aniquilada por la brigada de Adam.

En Hougoumont (2) los combates fueron encarnizados a lo largo de todo el día. Esta posición, de la que no pudieron apoderarse los franceses, protegía el flanco derecho de los Aliados.

La infantería francesa fue expulsada de la meseta **(7)**. Tras el fracaso del ataque, la Guardia y la caballería se replegaron.

terraplén. Cuando los gorros de cuero aparecieron sobre la altura, Wellington gritó: «¡Ahora, Maitland, os toca a vosotros!» Entonces, los soldados se levantaron del suelo y enviaron una descarga de fuego sobre los sorprendidos franceses, que creían haber hundido las líneas inglesas. Por primera vez, la Guardia Imperial retrocedió.

Al pie del terraplén, la Guardia se reagrupó y se lanzó al ataque una vez más junto con la caballería, pero fue rechazada de nuevo. El pánico se apoderó de lo que quedaba del ejército de Napoleón. Sólo la Vieja Guardia mantenía su férrea disciplina, formada en dos cuadros para cubrir la retirada. Los veteranos, la elite del ejército, rehusaron rendirse varias veces y perecieron en su posición.

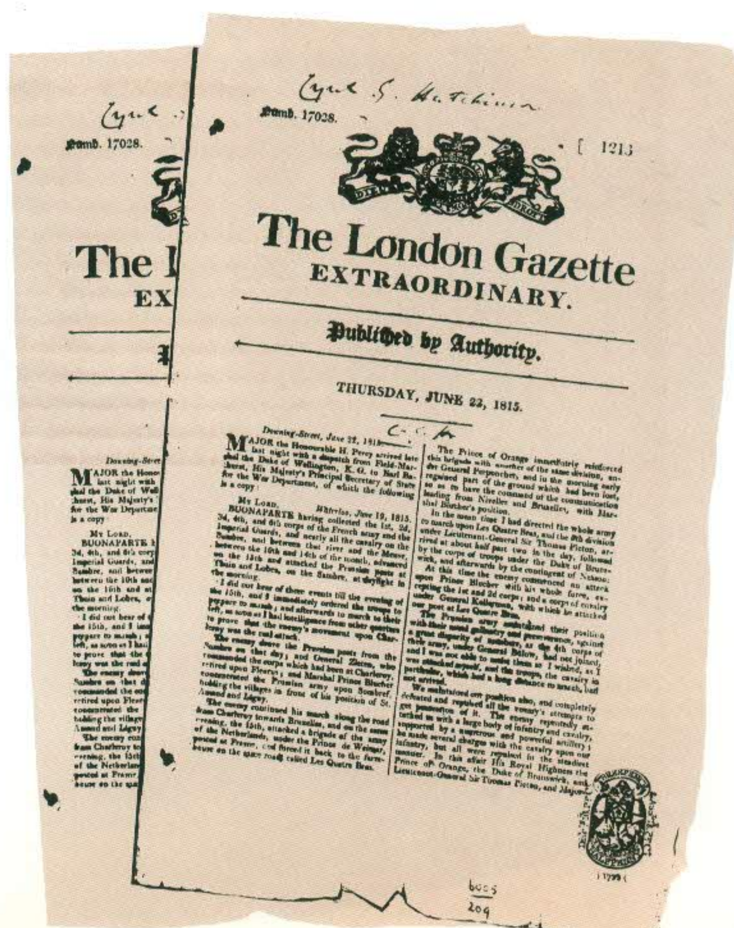
Wellington y Blücher, cuya tardía llegada había asegurado la victoria, se reunieron finalmente a las 9 de la noche en la posada que llevaba el adecuado nombre de la *Belle-Alliance*. Por todas partes yacían las víctimas de la terrible batalla que había costado unos 22.000 hombres a los Aliados y unos 30.000 a los franceses.

El motivo principal del eclipse final de Napoleón fue una combinación de factores: una extraña elección de los subordinados, la subestimación de Wellington (a quien se llegó a apodar el «general cipayo»), agotamiento en el propio Napoleón debido a su enfermedad y, por encima de todo, la mayor capacidad táctica de Wellington y la lealtad de su aliado prusiano. Debe reseñarse también que en Waterloo los Aliados realizaron una gran maniobra de flanqueo táctico, un ejemplo inmejorable de una de las soluciones que mejor supo llevar a término el propio Napoleón. Se había «rizado el rizo». La derrota obligó a Napoléon a retirarse a París, donde posteriormente abdicaría.

Así llegaba a su fin la era napoleónica y también la hegemonía francesa en Europa.

La batalla de Waterloo tuvo un profundo significado político y económico. Con ella adquirió carta de naturaleza el predominio de Inglaterra sobre el resto de Europa, pues si Trafalgar le había dado el control de los mares, Waterloo le abrió los mercados internacionales. El tratado firmado en París en 1815 reformó el mapa de Europa pero, sobre todo, Gran Bretaña obtuvo el control de Malta, Ceilán, el cabo de Buena Esperanza y las islas Mauricio. Puede decirse que la principal consecuencia de la era napoleónica fue la expansión del Imperio británico en ultramar. A partir de entonces Gran Bretaña disfrutaría de un inmenso poderío naval, del desarrollo propiciado por la revolución industrial alimentada por el vapor y una influencia tal que el resto de Europa conoció uno de los períodos de paz más largos de su historia.





Numb. 17028. [1213

The London Gazette
EXTRAORDINARY.

Published by Authority.

THURSDAY, JUNE 22, 1815.

Downing-Street, June 22, 1815.

MAJOR the Honourable H. Percy arrived late last night with a dispatch from Field-Marshal the Duke of Wellington, K. G. to Earl Bathurst, His Majesty's Principal Secretary of State for the War Department, of which the following is a copy:

My Lord, Waterloo, June 19, 1815.

BUONAPARTE having collected the 1st, 2d, 3d, 4th, and 6th corps of the French army and the Imperial Guards, and nearly all the cavalry on the Sambre, and between that river and the Meuse, between the 10th and 14th of the month, advanced on the 15th and attacked the Prussian posts at Thuin and Lobes, on the Sambre, at daylight in the morning.

I did not hear of these events till the evening of the 15th, and I immediately ordered the troops to prepare to march; and afterwards to march to their left, as soon as I had intelligence from other quarters to prove that the enemy's movement upon Charleroy was the real attack.

The enemy drove the Prussian posts from the Sambre on that day; and General Zieten, who commanded the corps which had been at Charleroy, retired upon Fleurus; and Marshal Prince Blucher concentrated the Prussian army upon Sombref, holding the villages in front of his position of St. Amand and Ligny.

The enemy continued his march along the road from Charleroy towards Bruxelles, and on the same evening, the 15th, attacked a brigade of the army of the Netherlands, under the Prince de Weimar, posted at Frasne, and forced it back to the farm-house on the same road called Les Quatre Bras.

The Prince of Orange immediately reinforced this brigade with another of the same division, under General Perponcher, and in the morning early regained part of the ground which had been lost, so as to have the command of the communication leading from Nivelles and Bruxelles, with Marshal Blucher's position.

In the mean time I had directed the whole army to march upon Les Quatre Bras, and the 5th division under Lieutenant-General Sir Thomas Picton, arrived at about half past two in the day, followed by the corps of troops under the Duke of Brunswick, and afterwards by the contingent of Nassau.

At this time the enemy commenced an attack upon Prince Blucher with his whole force, excepting the 1st and 2d corps; and a corps of cavalry under General Kellerman, with which he attacked our post at Les Quatre Bras.

The Prussian army maintained their position with their usual gallantry and perseverance, against a great disparity of numbers, as the 4th corps of their army, under General Bulow, had not joined, and I was not able to assist them as I wished, as I was attacked myself, and the troops, the cavalry in particular, which had a long distance to march, had not arrived.

We maintained our position also, and completely defeated and repulsed all the enemy's attempts to get possession of it. The enemy repeatedly attacked us with a large body of infantry and cavalry, supported by a numerous and powerful artillery; he made several charges with the cavalry upon our infantry, but all were repulsed in the steadiest manner. In this affair His Royal Highness the Prince of Orange, the Duke of Brunswick, and Lieutenant-General Sir Thomas Picton, and Major-

Delante de una posada londinense (arriba) los veteranos leyeron el despacho (izquierda) que anunciaba la victoria de Waterloo. Los corresponsales hicieron todo lo posible por anunciar la noticia antes que sus competidores. Los del *Times*, que utilizaban esta práctica de forma habitual, emplearon palomas mensajeras. Estos veteranos representados en un cuadro de sir David Wilkie en 1822, habrían podido servir a las órdenes de Wellington en España y muchos debieron conocer a los combatientes de Waterloo.

La derrota de Napoleón fue completa y en su apresurada huida tuvo que abandonar su vehículo (arriba en la página siguiente) y montar a caballo.



A lo largo de la historia ha sido privilegio de los vencedores el despojar a los muertos y heridos. Después de Waterloo, había mucha tarea por delante en este sentido, sobre todo en los cuerpos de los oficiales: bolsas, relojes, pistolas y sables. También se les despojaba de sus dientes postizos, de marfil en aquella época, para revenderlos a los dentistas. Los heridos que intentaban resistirse a los saqueadores eran rematados o bien cambiaban todo lo que tenían por un poco de agua. Al amanecer, los campesinos de los alrededores llegaron como buitres para robar lo que quedaba. A veces, estaban tan cargados con vestidos y objetos de valor que tropezaban bajo su peso. Cuatro días después de la batalla, toscas carretas transportaban a los últimos heridos hacia los hospitales, donde les esperaba una cirugía muy primitiva.

Después de Waterloo, las potencias aliadas se reunieron para elaborar un tratado de paz con Francia. Tras su derrota de Jena en 1806, los prusianos habían sufrido mucho a manos de los franceses y tenían sed de venganza. Pero para Wellington el mejor medio de asegurar una paz duradera era la clemencia y, después de Waterloo, se había convertido en el hombre más influyente de Europa. En efecto, se dieron pruebas de clemencia pero no se tuvieron en cuenta las aspiraciones de las diversas nacionalidades del continente.

Los hombres de la Revolución francesa y del Imperio, a pesar de que no habían mostrado piedad ni interés por la vida humana, habían expandido por toda Europa las ideas de libertad y nacionalismo; sin embargo, según los tratados de 1815, las potencias autocráticas (Prusia, Austria y Rusia) restablecieron su antigua dominación. Aunque las fronteras fijadas entonces subsistieron hasta el tratado de Versalles de 1919, fueron enérgicamente contestadas y provocaron sublevaciones en 1832 y 1848. No obstante, durante casi un siglo no se produjeron otros conflictos más que la guerra de Crimea y la de 1870. En 1914, los progresos técnicos del siglo XIX habían dotado a los ejércitos de nuevos medios —ametralladoras, granadas más mortíferas, fusiles más precisos, artillería más potente— que transformaron radicalmente la práctica militar. Ya nunca se combatiría como en Waterloo.

Balaklava/ *25 de octubre de 1854*

El 25 de octubre de 1854, en Balaklava, los soldados de la reina Victoria se distinguieron en una acción en tres fases contra fuerzas muy superiores en número. Era la primera gran batalla desde que, apenas seis semanas antes, británicos, franceses, turcos y sardos llevaran las hostilidades al propio imperio de Nicolás I en Crimea. La base naval de Sebastopol era el objetivo de esta campaña, mal entablada pero que acabaría victoriosamente. De hecho, el 20 de septiembre el ejército Aliado, compuesto por 57.000 hombres, había derrotado a los rusos en el río Alma pero no estaba preparado para penetrar en la fortaleza por el norte. Por tanto, se atacó Sebastopol por el sur, a partir de Balaklava.

Los duros trabajos de atrincheramiento necesarios en previsión de un ataque ruso destinado a socorrer a la guarnición de Sebastopol fueron una prueba terrible para los soldados británicos, hambrientos y mal equipados. El 25 de octubre, camuflados por la niebla del amanecer, los rusos atacaron. Mientras éstos abandonaban una línea de reductos que protegía las cercanías de Balaklava, sonaba la alarma en los campamentos franceses y británicos, situados a una distancia de cinco kilómetros.

La primera en reaccionar fue la división de caballería inglesa de lord Lucan, compuesta por una brigada pesada y otra ligera. Cuando se dio la orden de montar, los caballos no habían bebido y los hombres no habían comido nada. Se puso en marcha para cubrir la retirada de los turcos.

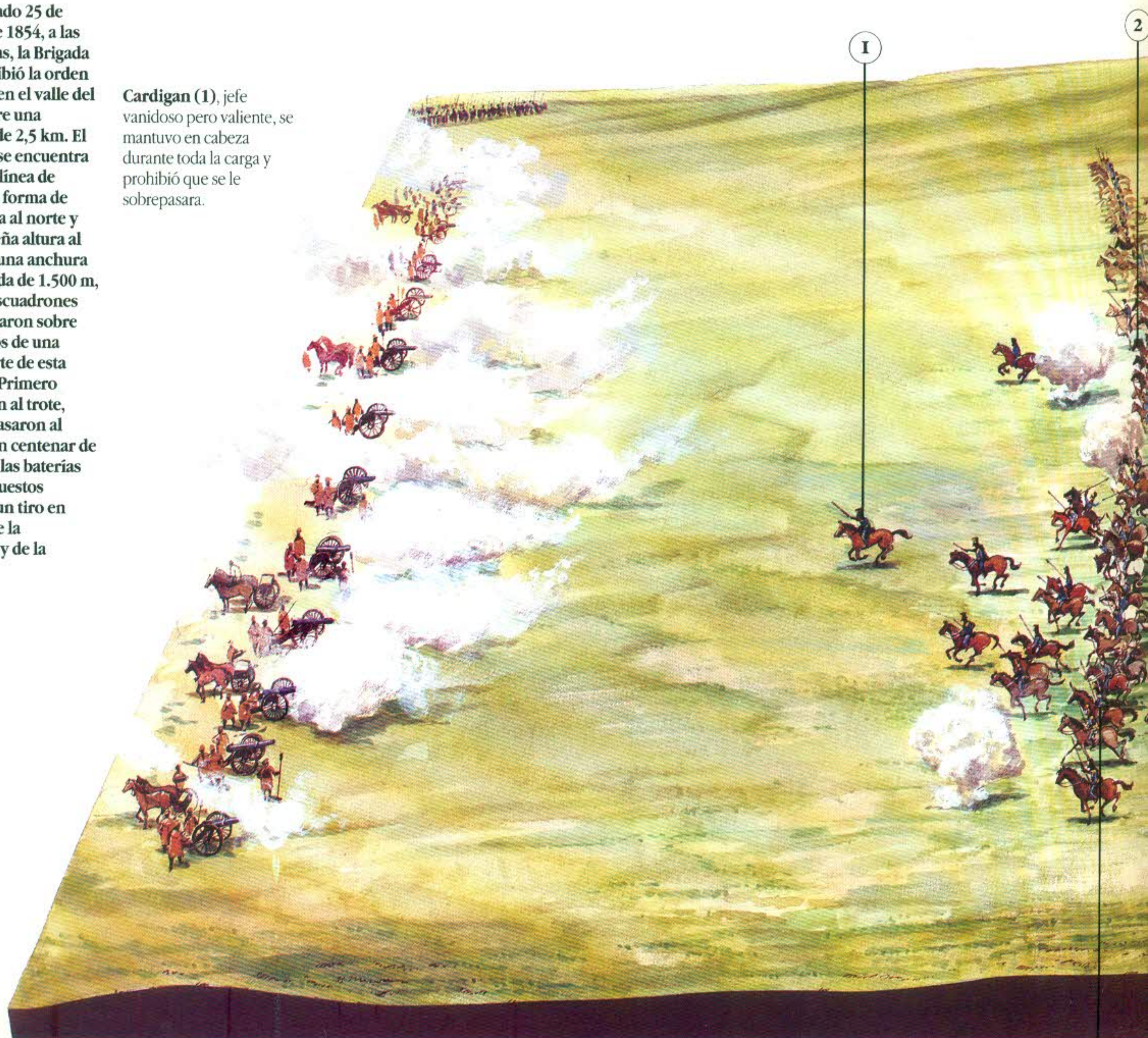
En principio, la infantería era necesaria. Cuando las 1.ª y 4.ª divisiones británicas y dos francesas salieron de sus posiciones delante de Sebastopol, el camino al puerto de Balaklava sólo estaba protegido por 500 *Higlander* del 93.º Regimiento y algunos hombres de otras unidades, todos a las órdenes del general sir Colin Campbell.

Desde la cima de la colina de Sapoune, que dominaba el teatro de operaciones, el comandante en jefe británico, lord Raglan, y su estado mayor observaban con temor el asalto de la caballería rusa contra los *Highlander*. Pero en dos andanadas, consiguieron rechazar el ataque.

Los espectadores iban a ver todavía más. La brigada pesada del general sir James Scarlett, reducida por la enfermedad a 600 hombres, estaba en posición en una hondonada del terreno, lo´que le impedía ver aproximarse al enemigo, seis veces más numeroso:

En el soleado 25 de octubre de 1854, a las 11,20 horas, la Brigada Ligera recibió la orden de cargar en el valle del Norte sobre una distancia de 2,5 km. El lugar que se encuentra entre una línea de colinas en forma de media luna al norte y una pequeña altura al sur, tiene una anchura aproximada de 1.500 m, pero los escuadrones se desplegaron sobre algo menos de una quinta parte de esta distancia. Primero marcharon al trote, después pasaron al galope a un centenar de metros de las baterías rusas, expuestos además a un tiro en enfilada de la infantería y de la artillería.

Cardigan (1), jefe vanidoso pero valiente, se mantuvo en cabeza durante toda la carga y prohibió que se le sobrepasara.





La guerra de Crimea (1853-1856) surgió como consecuencia de la desintegración de la influencia turca en los Balcanes y la amenaza de desaparición del Imperio otomano, acelerada por el imperialismo ruso. La causa inmediata del conflicto fueron algunas diferencias franco-rusas a propósito de los Santos Lugares; la Rusia ortodoxa reivindicaba su custodia, mientras que Francia había obtenido del Sultán algunos privilegios para la Iglesia católica. El 4 de octubre de 1853, Turquía declaró la guerra a Rusia tras la decisión de ésta de movilizar sus tropas. En marzo de 1854, Francia y Gran Bretaña se declararon aliados de Turquía y en septiembre desembarcaron en Crimea un cuerpo expedicionario cuya misión consistía en apoderarse de Sebastopol.

Los jinetes del 17.º de Lanceros **(2)** y del 13.º de Dragones Ligeros **(3)**, en cabeza, llegaron los primeros y atacaron furiosamente con sus sables a los rusos para vengarse de las terribles pérdidas sufridas.

El 11.º de Húsares (4) y el 4.º de Dragones Ligeros **(5)** seguían en segunda posición a 350 m, obstaculizados en su carga por los muertos, los heridos y los enloquecidos caballos de los jinetes abatidos.

El 8.º de Húsares (6), situado en último lugar, fue la única formación que llegó ordenadamente sobre las baterías rusas, pero la humareda era tal que apenas podían ver lo que había delante de ellos.

En 20 minutos todo había terminado. De 673 jinetes que habían iniciado la carga, sólo quedaron 195. Muchos de los que habían escapado a la muerte estaban gravemente heridos.

4

6

5

Balaklava/2

3.500 jinetes rusos llegaron al galope y se formaron a 350 metros de los *Scots Grey* y de los *Inniskilling*. Sus trompetas tocaron a carga. Como el difícil terreno no permitía el galope, ni siquiera el trote, era preciso ir al paso. Los británicos entablaron un cuerpo a cuerpo con los rusos y abrieron una brecha en sus filas. Por otro lado, los 4.º y 5.º Dragones de la Guardia cargaron desde los flancos y desordenaron todavía más las filas rusas.

Este éxito de la brigada pesada señaló el final de toda acción en este sector, el valle meridional, justo encima de Balaklava. Tras un período de tregua, se reemprendió el combate en el valle del Norte, al otro lado de la colina de Causeway, pequeña elevación de terreno que corría a lo largo de la carretera de Vorontzov, principal ruta de avituallamiento de los Aliados y que unía Balaklava con sus atrincheramientos delante de Sebastopol. La carretera estaba protegida por reductos que los rusos capturaron a los turcos al iniciarse la batalla.

Al enviar la división de caballería al valle del Norte, lejos de la infantería, lord Raglan realizaba los preparativos para uno de los hechos de armas más audaces, y también el más inútil, de la historia militar británica: la carga de la brigada ligera. Al creer que el enemigo intentaba evacuar los cañones de los reductos perdidos en la colina de Causeway, el comandante británico decidió impedírselo. Su orden a lord Lucan era urgente y por ello no se la confió a un ayuda de campo de servicio sino a un oficial del 15.º de Húsares, el capitán Luis Nolan. «Lord Raglan —decía esa orden— desea ver a la caballería avanzar sin demora hacia el frente para que impida al enemigo llevarse los cañones...». Desde el lugar en que se encontraba Lucan no podía observar la maniobra rusa en cuestión. Por ello, pidió aclaraciones a Nolan.

Éste dio una interpretación errónea a las instrucciones de Raglan y señaló claramente a la artillería rusa emplazada en batería a 2,5 km de distancia, en el extremo del valle del Norte y dijo a Lucan: «Ahí están el enemigo y sus cañones, *milord*.» Además de los cañones situados enfrente, una batería cubría cada flanco. El ejército ruso estaba desplegado detrás. Era una operación suicida, pero Lucan sólo podía obedecer. Encargó esta misión a la brigada ligera, que mandaba su hermano lord Cardigan, mientras que la brigada pesada, tras el combate precedente, quedaba en reserva.

La orden debió sorprender a Cardigan dado que jamás se había pedido a la caballería que atacara a la artillería sin apoyo de la infantería. No por ello preparó menos sus escuadrones para la carga: la enfermedad había reducido sus efectivos a 673 hombres montados sobre caballos en muy malas condiciones. Cuando Raglan y su estado mayor comprendieron lo que ocurría, quedaron consternados. Rápidamente enviaron mensajeros hacia el valle, pero ya era demasiado tarde.

Bajo el fuego de los cañones rusos, la brigada ligera cerró filas. A través de las nubes de humo que se intercalaban con los destellos de los disparos, Cardigan conducía a los supervivientes de su primer ataque sobre las baterías rusas atacando con sus sables a todos los servidores que no se habían protegido bajo su pieza.

Contra toda lógica, la brigada ligera llegó hasta los cañones enemigos, pero no contaba con medios para sacarlos de las baterías. Los valientes que todavía permanecían sobre su silla de montar se reagruparon como pudieron y rehicieron sus líneas bajo la metralla, hostigados por los cosacos del ala derecha rusa.

Aparte del hecho de que la carga de Balaklava demostró una vez más que las fuerzas de maniobra, como la caballería, necesitaban el apoyo de las otras armas para consolidar sus posibles ganancias tácticas (lección que no se asumió en su totalidad hasta mediados del siglo XX), quedó también de manifiesto algo que se reveló en toda su magnitud durante la Primera Guerra Mundial: que la caballería clásica empezaba a perder su papel secular frente a la emergencia de las nuevas armas, en especial la artillería y después las ametralladoras. Pero esta conclusión no encontró eco, y durante la Gran Guerra las grandes concentraciones de jinetes dispuestas por ambos bandos se limitaron a realizar funciones de exploración o permanecieron inmóviles a la espera de una explotación del éxito que las características del propio conflicto hicieron imposible. Sólo a partir de entonces comenzó a plantearse seriamente el futuro de la caballería clásica y a hablarse de mecanización.

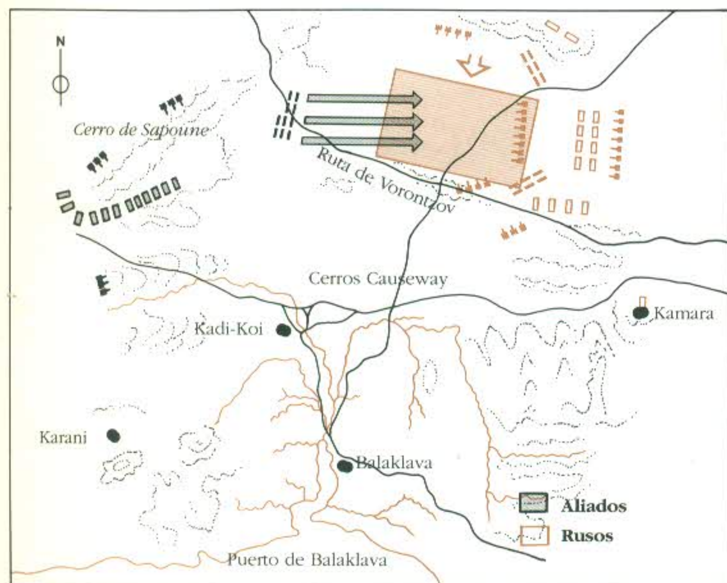
Cuatro supervivientes del 17.º de Lanceros, condecorados.

Dos *Coldstream Guards* en uniforme de gala.





En el siglo XIX, los jinetes partían al paso, después pasaban al trote, luego al galope y llegaban hasta el enemigo a galope de carga. Cubrían una distancia de 900 m en unos siete minutos. Cuando se encontraban a una distancia entre los 900 y 500 m, la artillería enemiga tenía tiempo para realizar nueve disparos, balas o metralla. Entre los 550 y 180 m el



El 25 de octubre, a primera hora de la mañana, los rusos atacaron el perímetro defensivo de Balaklava y ocuparon una línea de reductos que dominaban la ruta de reavituallamiento aliada. Inmediatamente, una vez que sus tropas rechazaron dos ataques sucesivos de caballería, lord Raglan constató que los rusos evacuaban los cañones de los reductos. Para impedir esta maniobra, envió a la Brigada Ligera sobre las alturas de Causeway. Desde allí, se lanzaría una de las más absurdas cargas de caballería de la historia.

En 1855, la subida al trono del zar Alejandro II, deseoso de restablecer la paz, y la ocupación de Sebastopol por los Aliados, llevaron a la apertura de negociaciones que concluyeron con el tratado de París de 1856, por el que Rusia reconocía la integridad del Imperio otomano y renunciaba a sus exigencias territoriales. Además, aceptaba la neutralidad del mar Negro. Por su parte, el Sultán se comprometió a mejorar la situación de sus súbditos cristianos.

Sin embargo, el tratado no aportó una solución duradera. Turquía no llevó a cabo las reformas prometidas y Rusia aprovechó la guerra franco-alemana para denunciar la cláusula de neutralidad del mar Negro. La «Cuestión de Oriente» iba a constituir un problema europeo hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial.

En Gran Bretaña, la incompetencia de los mandos y los reveses sufridos por las tropas provocaron la adopción de reformas y una mejora de las condiciones de servicio en el ejército.



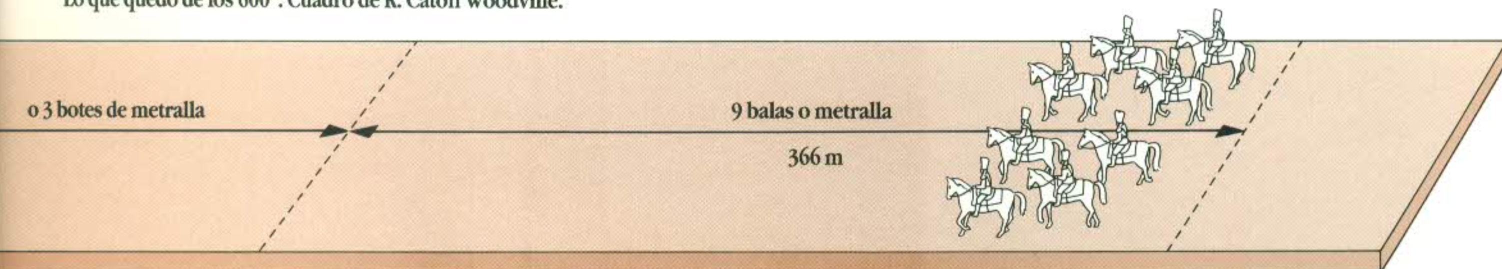
El capitán Luis Nolan, del 15.° de Húsares, estaba obsesionado por la superioridad de su arma. Todavía podemos preguntarnos si él comprendió mal el mensaje de lord Raglan a lord Lucan, o si interpretó abusivamente la orden para probar que tenía razón al sostener que la caballería ligera era irresistible. Estuvo entre los primeros muertos.



El mariscal lord Raglan había perdido un brazo en Waterloo. Valiente pero carente de imaginación, sus deficiencias se vieron agravadas en Crimea por el hecho de que compartía el mando con el mariscal Saint-Arnaud, comandante de las tropas francesas, y también por la ineficacia de las autoridades de Londres. Murió antes de finalizar el conflicto, tras ser objeto de fuertes críticas.



"Lo que quedó de los 600". Cuadro de R. Caton Woodville.



cañón podía disparar bien dos balas o bien (pág. 85) tres botes de metralla. En los últimos 180 metros, que se recorrían al galope, el cañón podía disparar dos veces metralla. El 70 por ciento de los proyectiles utilizados eran balas. Era el proyectil más eficaz y seguro: uno solo de ellos podía destruir un carro. Disparado contra una columna abría una brecha a lo largo de varias filas de jinetes, de forma que la carga de la Brigada Ligera fue un auténtico suicidio.